

EL ESPÍRITU DE LA MATERIA. Meditaciones poético-filosóficas

Martín López Corredoira. Instituto Astrofísico de Canarias¹

Resumen: Estas doce breves meditaciones poético-filosóficas son un ejercicio estilístico que trata de fusionar la sabiduría y el pensamiento con la contemplación estética. Lejos de los discursos de sectas y religiones, se habla aquí del “espíritu” como una metáfora poética de lo que los hombres son o ansían ser dentro de un mundo material, un discurso para la vida y su sentido espiritual dentro del sinsentido nihilista implícito en el materialismo/naturalismo. ¿Cómo puede esta contradicción sostenerse? ¿Cómo puede el “espíritu” sostenerse en la “materia” si ambos términos se contraponen como el día y la noche? Creo que aquí radica gran parte del conflicto emocional en el mundo contemporáneo, es éste un problema de nuestro tiempo, y estas meditaciones han sido escritas para alimentar a las mentes más inquietas en este sentido.

Abstract: These twelve and brief poetic-philosophical meditations are one stylistic exercise that tries to fuse wisdom and thought with an aesthetic contemplation. Setting aside discourses of sects and religions, the term “spirit” is used here as a poetic metaphor of what human beings are, or they strive to become within a material world. This is a discourse for life and its spiritual sense within the context of the nihilistic nonsense which is implicit in materialism/naturalism. How can this contradiction be sustained? How can the “spirit” be sustained inside “matter” when both terms are as contradictory as day and night are? I believe that a great part of the emotional conflicts in our contemporary world resides in such contradiction. This is a problem of our time, and these meditations have been written for those who have a restless mind in this respect.

Prólogo

Son múltiples las obras filosóficas que hablan de la verdad, la bondad y la belleza (las tres primeras partes de esta exposición). Aquí se hace de un modo

¹ Breve curriculum vitae del autor: Nacido en Lugo en 1970, Dr. en Cc. Físicas, Dr. en Filosofía. Investigador en astrofísica. Autor de múltiples artículos de astrofísica teórica y observacional, de filosofía en temas diversos (varios de ellos publicados en *Thémata*), y de los ensayos filosóficos en libro *Diálogos entre razón y sentimiento* (1997), *Somos fragmentos de Naturaleza arrastrados por sus leyes* (2005); co-autor de *¿Dios o la materia? Un debate sobre cosmología, ciencia y religión* (2008); editor de *Against the Tide. A Critical Review by Scientists of How Physics and Astronomy Get Done* (2008). Premio Platero-2002 de Poesía concedido por el “Club del libro en Español”-Naciones Unidas (Ginebra, Suiza). Mención especial en el “XV Certamen Literario Universidad de Sevilla” (2009), modalidad de teatro, por la obra de teatro en verso de tintes filosóficos *El sinsentido de la vida* (2010).

peculiar, en un estilo clásico de disertación poética, sin verso, o declamatoria; sin caer en elocuencias académicas, en citas de autores, notas a pie de página, ni otros recursos de textos más formales. Las palabras sirven para transmitir ideas pero también para penetrar en las altas emociones. Son múltiples también los textos existentes que apelan a lo poético, pero en muchos de ellos los juegos de metáforas se quedan en un mensaje estético vacío de ideas concretas sobre el mundo. Es en la interfase entre lo poético y lo filosófico donde habita esta obra. Como en los tiempos en que los sabios eran poetas y los poetas sabios, se ofrecen aquí unas meditaciones cuya profundidad pretende elevar al ser humano.

Si se me pregunta el porqué de haber escogido este tipo de exposición declamatoria y poética para desarrollar el tema en vez de una exposición formal con argumentaciones razonadas, como sería la tónica habitual en una revista como *Thémata*, diría que, a mi modo de ver, no es posible tal empresa de otro modo. Si buscamos responder a unas cuestiones como las que me planteo, no podemos quedarnos en el lenguaje de significado claro y no-ambiguo, porque allí el concepto de espíritu se disuelve igual que si se tratase de nuestros sueños cuando tratamos de contemplarlos conscientemente al despertarnos por las mañanas. De hecho, en mi opinión, las exposiciones que tratan de hablar de ese lado “espiritual” del ser humano, por llamarlo de algún modo, con un lenguaje racional y una exposición sistemática de argumentaciones, caen por lo usual en cándidas visiones y boberías, o en el fanatismo.

Lejos de los discursos de sectas y religiones, se habla aquí del espíritu como una metáfora poética de lo que los hombres son o ansían ser dentro de un mundo material. La visión de que todo es materia (naturaleza), o materia-energía si se prefiere, nos sitúa en un sinsentido para la existencia, un nihilismo de valores. Ello es así, no se puede sacar leche de un botijo ni se le pueden pedir peras al olmo. Pero algo llama a la voluntad humana a darle tal sentido, algo visceral pero humano más allá de los instintos de animales sin nuestra inteligencia. Y es posible que surja un apasionado y vital discurso incluso de las cabezas que contienen un modelo de Universo frío y analítico.

En mis actividades como filósofo y físico arrimado más bien al materialismo y el pensamiento científico (o científicismo, como lo llaman los enemigos del sano concepto de que todo fenómeno es explicable en términos científicos, hayamos o no encontrado aún la solución) me encuentro muchas veces con individuos que repudian automáticamente tales posiciones por una cuestión de falta de emotividad, por falta de empatía con sus inquietudes como seres humanos. Dicen los críticos algo así como “la visión del mundo materialista no deja lugar para cosas importantes como la vida, la consciencia, las personas, el amor, o la experiencia espiritual”, tiene por tanto que ser falsa; ¡hombres de poca fe! En cierto modo los entiendo, y creo que compartimos todos un anhelo por un mundo provisto de unos valores, de una espiritualidad, de un sentido estético más allá de los fríos análisis científicos. Somos humanos, ¡qué le vamos a hacer! Pero somos (algunos) filósofos también, y amamos la verdad, no podemos rebajarnos a aceptar cualquier mentira piadosa con tal de que no nos incomode.

Si no puedes con el enemigo, únete a él—dice el refrán. Si no puedes con el destino, con el *fatum* que arrastra nuestras vidas, acéptalo y ámalo. No digo nada nuevo, pues la filosofía del “*amor fati*” tiene ya una larga tradición a sus espaldas. Y realmente no se trata de una apuesta por la resignación, sino de un auténtico éxtasis de júbilo en tal aceptación, de una amistad sincera y de un cese de hostilidades ante el destino que nos tiene secuestrados, tal cual síndrome de Estocolmo. Si de emociones se trata, si de anhelo espiritual se queja nuestro corazón, démosle rienda suelta, pero sin abandonar el pensamiento fuerte. Demos a la vida un sentido dentro del sinsentido que posee, demos un espíritu a la materia. ¿Cómo puede esta contradicción sostenerse? ¿Cómo puede el “espíritu” sostenerse en la “materia” si ambos términos se contraponen como el día y la noche? Creo que aquí radica gran parte del conflicto emocional en el mundo contemporáneo, es éste un problema de nuestro tiempo, y las meditaciones que a continuación ofrezco han sido escritas para alimentar las mentes más inquietas en ese sentido, desde intelectuales y académicos ligados a las humanidades hasta transgresores de la cultura actual, desde ancianos hasta adolescentes, desde degustadores de la poesía hasta hombres de ciencia, desde místicos y religiosos hasta ateos materialistas. Obviamente, no se puede satisfacer a todos en cuanto a la visión del mundo, pero no es mi intención aquí convencer racionalmente de ninguna idea, se trata sólo de un ejercicio literario, de un modo de afrontar la existencia jugando entre la verdad y la fantasía; es la fibra sensible la que pretende tocarse en el lector y es por ese camino, por los caminos irracionales del corazón (hablando metafóricamente, claro) por los que podrían hermanarse los seres pensantes de distintas ideologías. La razón nos separa, en lo irracional estamos más cerca los unos de los otros. El presente texto del “espíritu de la materia” es una de esas búsquedas, entre las múltiples posibles, de acercar el hombre a la verdad, sublimando aquello que anhela a partir del Ser.

De la naturaleza o la verdad

Cosmos

Érase una vez, en algún tiempo pasado lejano, una lucha entre el orden y el caos, entre el Ser y el no-ser. Érase la Voluntad de la naturaleza pugnando por existir, por vivir, por dar forma a un Universo. ¿Leyenda? ¿Realidad? Una descripción mecánica sin términos metafísicos está más cercana a lo real, pero permítaseme usar las expresiones Voluntad o Fuerza creadora para buscar la metáfora de lo que merodea por las fantasías estéticas de un pequeño corazón perdido en la inmensidad.

Esa Fuerza, ese Ímpetu, ese Querer sempiterno... fuego sin llamas entre altas temperaturas... Arden sus partículas entre la agitación. Hay un ritmo y una melodía, y la Naturaleza los está interpretando. Átomos ionizados, cuya corteza de electrones fue arrancada con violencia, vibran furiosos y se embisten los unos a los otros en una sopa incandescente. Sus movimientos caóticos buscan la forma,

el orden, el Cosmos. La radiación inmersa en el fluido está atrapada por el caldo de micropartes feroces que devoran los fotones de luz y los escupen continuamente sin que éstos tengan posibilidad de atravesar la materia. La luz, entre barrotes encarcelada, no puede vagar libremente. Noche de tinieblas, de realidad potencial aprisionada.

Hubo un sueño avivado por deseos recónditos: los átomos no se movían locamente sino que coordinaban sus movimientos y constituían formas muy singulares y graciosas. Se arremolinaban en coros y se comunicaban entre sí por medio de un lenguaje ininteligible para nosotros. La visión onírica se fue metamorfoseando hacia algo que todavía no se entendía y que a los lectores se les haría en parte comprensible si se mencionasen las palabras “música” y “danza”. Las partículas en verdad seguían disposiciones ordenadas tal cual ejércitos desfilando, o grupo de bailarines de un ballet. Vibraban al unísono, se esculpían figuras. Sobre un fondo negro, hubo en el sueño electrones que, capturados por los átomos, daban lugar a líneas espectrales de diversas energías, una paleta de colores. Y se dieron ondas propagándose por fluidos formados con número inmenso de pelotitas juguetonas, olas sonoras que la fantasía expresó como Sinfonía de la Naturaleza. La mañana se preludió con un canto poético, triste y dulce, sereno y esperanzador, disolviéndose en el tiempo... hasta el despertar de la nueva era.

La sopa se enfrió en el alba cósmico, y la Voluntad se manifestó dando lugar a nuevas expresiones. Su agitación caprichosa pasó a ser complejidad arquitectónica de grandes estructuras. Los electrones fueron atrapados por los átomos, los mensajeros de la luz pudieron recorrer grandes distancias sin ser obstaculizados en su camino. Las fuerzas de la naturaleza formaron condensaciones de material, estructurándolo en tejidos con muros que envolvían grandes zonas despobladas. De la leche creadora burbujeante cuajaron en sus paredes supercúmulos de galaxias, con su enjambre de cúmulos de galaxias cada uno, y miríadas de galaxias en cada cúmulo, gotas del pecho de la diosa.

Hogar, madre, Vía Láctea. Galaxia, colosa de gigantescos brazos, pequeña de entre las criaturas que tintinean en los negros lagos. De la noche surgió el sueño, y del sueño los mundos. Los gases fluyeron y fríos se unieron los átomos mutuamente para originar moléculas, nubes moleculares, y criaderos de estrellas. Almas del fuego celeste, las bellas esferas radiantes alumbraron los espacios oscuros, y vivieron y murieron calentando los copos del invierno, llenando de ricos metales la pobres estepas de sus desiertos y representando la Voluntad de ser luz, dioses ilustrados, capaces de apuntar el camino a quien perdido vaga, o de iluminar al lector de los manuscritos del Cosmos.

Cenizas sedientas de inmensidad y gloria danzaron alrededor de uno de tales soles. Gigantes de entre esas motas—el gran Júpiter, o el señorial Saturno—palidecieron ante el esplendor de una pequeña chispa azul: la Tierra. Ni las mismas hordas guerreras del planeta rojo igualaron a la joya de los mares de agua. Un astro vagabundo se le unió en su órbita haciéndose compañeros inseparables y, desde entonces, los seres de la parte oscura del planeta, cuando

miran a tal astro vagabundo que llaman Luna, se acuerdan de su condición de errantes extraviados en la noche.

Algo se agita en la Tierra, el Querer continúa vibrando. Hay un ritmo y una melodía, y la Naturaleza los está interpretando. Ahora la sopa está en un planeta de volcanes de lava, de fluidos líquidos y gaseosos deslizándose sobre la superficie de piedra y de tierras, entre el calor propio y del Sol. Del nuevo caldo saldrán nuevas estructuras: largas cadenas moleculares, polipéptidos, ladrillos de estructuras proteicas, almacén de la vida. Al son de la danza creadora surgieron del caldo cadenas autorreplicantes, ¡magno acontecimiento! Y de las pequeñas criaturas salieron seres más y más complejos. Bestias del barro y del fuego, artesanía del azar y la necesidad cósmicos sobre mares, ríos, montañas y llanuras llenaron de burbujeante murmullo las soledades de un lugar perdido. Del bullir de las células, animales y vegetales, se vio la superficie del globo hinchada, que ya no hubo desierto ni sima donde los genes no se amoldaran al recipiente. Tal fue la eclosión de la vida que pronto hubo de caracterizarse en una lucha por la supervivencia de los mejor adaptados, ahogando empeños infructuosos. La lucha fue el Querer del Cosmos expresado en biosfera. En el sabor de la muerte, la procreación y el ciclo vital por el que unas especies devoran a otras, late en Gaia el corazón de la Voluntad. Las criaturas desarrollaron diversos sentidos, abrieron las pupilas a su entorno y fueron así espejos donde la Fuerza creadora se vio reflejada, el Cosmos de las estructuras, la luz hecha vivencia.

Descansó la mirada y contempló orgullosa la creación. ¿Crear? ¿Para quién? Para los corazones grandes que sepan admirar la obra, para los seres que aman lo bello, para el fuego que no teme el infierno, para quienes buscan la luz y el calor mientras sus raíces buscan la tierra. Cosmos de la naturaleza, de la mecánica que todo lo mueve, de las leyes físicas que unen a todos los seres en uno: el Universo material.

Cosmos del silencio y el sonido, de la lumbre y de las tinieblas, de la vida y de la muerte, de la pasión y de la lógica. Cosmos del devenir, del sino de la materia, del eterno retorno y de la flecha del tiempo, de la pugna revolucionaria por ser en nuevas formas o la reaccionaria añoranza de ser lo que siempre se ha sido. ¿Por qué? ¿Por qué existe? ¿Por qué la existencia del actual Universo y no de otro? Para quien lleva la fatalidad del cosmos escrita en su sangre le basta con parafrasear la spinozista sentencia: el Universo es como es y es así porque es así.

En la primavera cósmica se aguarda el estío y tras él el ocaso del sueño de una noche de verano. Vendrán las radiaciones intensas a secar toda vida, caerán los fogosos colosos en colapso, se enfriarán las altas cumbres y heladas morirán las estrellas. Volverán tras muchos eones otras formas, o las mismas, o ninguna más. Un Apocalipsis último sin un después, como un principio sin un antes, o bien un ciclo eterno de épocas de belleza desplegada y de eras de recogimiento otoñal y silencio. Late en un palpitar el corazón de la Naturaleza una o muchas veces. En el aura de una diástole, habita nuestra Tierra con todos sus seres, en el Cosmos de la vida y de la muerte.

Es el Cosmos de materia,
luz y fuego, ritmo y canto,
Naturaleza tocando
vida alegre, muerte seria.
Del silencio impele arteria
vívida leche de estrellas,
sangre que alumbra tras ellas
estatuas de la razón,
obras de la creación,
sinfonía de almas bellas.

Vida y consciencia

Vivo y soy consciente de que vivo. Viven otros seres, llenan mi vista la vitalidad del bosque y el rebullir de ríos y mares, acarician mis oídos el canto de los pájaros y el chapoteo de los peces brincando en los saltos del arroyo. Fluye la vida en este vergel del cosmos llamado Tierra, azul gota en la inmensidad, madre de las muchas criaturas, bella hija de la Naturaleza.

La conciencia, dama misteriosa, seductora de filosofillos que ven en sus redes caminos infinitos del tejido Universal, fuego que alimenta pueriles esperanzas de poseer alma desgajada del fatum. Mas el gran enigma es la vida misma. Lo demás es atributo, que no sustancia del misterio.

Tal como el río lleva las muchas gotas en una sola dirección, así las muchas células hacen vida: siguiendo una sola voz. Mas el río por tener un curso no tiene identidad separada de las montañas por las que se desliza.

Si mi alma siente, ¿quién siente? Si la mariposa vuela o la hormiga anda, ¿quién dirige su camino? ¿Quién me mira si los ojos de una bestia me observan? Vida hay tras todo ello, complejidad en las formas. ¿No coordina una estrella su materia para dirigir su errar en el espacio? ¿No lo hacen las galaxias? En lo diminuto, también, tras los pequeños ojos del animal que observa extrañado su existencia, se alza la materia.

Sangre llevan mis venas arrojada por un corazón que no gobierna. Respira mi cuerpo mientras mi alma duerme. ¡Inconsciencias de mi ser! Mas sangre gobierna en mis venas para impelerme hacia mi cielo. ¡Deseo consciente en el puño de la vida! Que conciencia o inconsciencia hay en mucho de lo que nos rodea, todo vive y es vivido.

Humano vanidoso, no es tuyo el espíritu. Todo vive, todo siente. Todo desea, la voluntad de la Naturaleza es omnipresente. Consciente eres de tu existencia, de tus deseos, ¿mas no lo es el pequeño ratón de campo, o la libélula del pantano? ¿Y no hay en toda vida un querer, un anhelo? Hasta el rosal brota de la tierra buscando la luz de las alturas y manando belleza por sus ramas. ¿Quién desea? La vida desea..., ella es Naturaleza y no posee más atributos que los del mismo Universo. Movimiento, potenciales que agolpan las partículas en busca de su...

Anhelo eterno, infinito inalcanzable. Caminante que busca en su largo vagar los confines del mundo.

Reflejo de la mismidad en la existencia. Nada en sí, ilusión del que la padece, espectro que surge ante la unión y coordinación de las acciones del que vive.

El arroyo baja cantando. También su voz mueve las pequeñas gotas. El volcán arroja encrespado la lava. Su ronco timbre brama ante los temerosos. No hay volcán sin montaña, ni arroyo sin ladera. Ni hay ardilla sin árbol, ni árbol sin tierra. Todo es parte de todo. Las pequeñas conciencias no son sino gran parte de una sola, tentáculos de un mismo organismo: el frío Cosmos donde nada siente realmente. Todo es energía en movimiento, sin un antes, sin un después, en un fluir del arroyo cósmico hacia un mar desconocido.

¡Ay, dolor!, ya sé que eres vida—decía el poeta. Y dicen que también eres la señal de la conciencia viva, que sin ti no hay fuego en la llama, no hay calor en la sangre, ni luz en la mirada. Que quien no siente las mordeduras de la fría noche, no alberga alma bajo el pecho siendo sólo la bestia carne.

Es noche en el desierto, fría está el alma en árida llanura. La ventisca mete arena en tus ojos, que lloran, que miran callados el pozo de la existencia.

Cáncer del gozo, veneno oscuro, silencio que roe las entrañas, abismo diabólico, espada, aguijón, lloro sin palabras, pasión sin grito.

Rocío de lágrimas, el aire impregnado de llanto se mete en los huesos que crujen más y más con el paso del tiempo, padre que devora a sus hijos.

Veneno en el alma, sangra ya tu deseo, hiere tu bramido, eleva tu fuego. Sangre de mordeduras infernales, hálito de la muerte, fuego de la vida. Dolor llaman a tu llamada, voces que quebrantan nuestros oídos. De ti huimos, de ti nos saciamos, contigo vivimos.

Pena sienten los corazones cansados, errabundos en busca de lo inalcanzable. Harto la espina punzante clava y hiere al animal que en zarzas se enreda, y ¡ay, sufre! por caer en el laberinto de la existencia. Depredador o devorado, la ley de la vida es una ley de dolor. El mismo nacer chilla, el mismo mutarse desgarrar, pagan las mariposas sus bellos colores con sus metamorfosis, paga la mujer su hermosura y procreación con punzantes ovulaciones o dolorosos partos. Todo cambia entre los vivos, todo se transforma hasta morir disolviéndose el polvo de estrellas que nos engendró entre agonizantes últimos suspiros.

Querer y padecer, no hay conciencia en el hombre que no haya en el Cosmos: todo es un juego de la materia que es siempre la misma. ¡Ay!, que todo es terrenal y nada trasciende las leyes físicas: todo cerebros, neuronas, átomos,... y no holismos místicos ni mentalismos infantiles. Vacío y partículas en movimiento, silencio y vibraciones, que los sonidos que emanan de las altas esferas alcanzan sus últimos confines. Música triste, danza de átomos. Luna de plata, gris sobre el mar, danza con la Tierra como la Tierra danza con el Sol.

Luna en la noche serena. Mira el caminante a sus ojos y pregunta: ¿cómo es que tu triste mirada se diferencia de la mía?, ¿por qué mi alma es una y la tuya es otra si somos parte del mismo Cosmos, errantes vagabundos perdidos en la misma noche? Siento mis pies helados y no tus pálidas cumbres, gobierno y elijo mis caminos, pero no los de tu orbe. ¿Qué me separa de ti? ¿Qué separa la conciencia de un hombre de la de otro hombre y aun de la de un dolor y un deseo allende los mares, allende los vacíos del Universo?

Una flor es distinta de otra flor aun del mismo perfume, aun del mismo jardín, e incluso de la misma planta. Pululan las abejas de una en otra y aquéllas compiten por atraer su atención. ¡Ah!, poderosa causa para la distancia la lucha, ¡oh dolor, oh deseo! Lucha por la supervivencia de cada brote del gran árbol, de cada criatura de la existencia de donde partir debe autorreflejo ciego para lo que no es sí mismo. Que todo es el mismo juego, mas los jugadores son muchos e interesados en ganar cada cual la partida. Los dados de la fortuna, la ruleta cósmica, han manado el despliegue de formas en nuestro planeta, formas autoconscientes y separadas entre sí, mas tal frontera entre individuos no es más que parte del juego sobre la azul gota en el espacio; vivir para luchar y luchar para vivir. La vida es quien vive, los muchos organismos son células de un mismo cuerpo que crece con sus miembros.

Sonríen las aves en el cielo surcando el atardecer de fuego. Irradia luz temblorosa en los valles el verde manto. Flotan sobre el cristal de los océanos láminas de fervor. En la llanura galopa la agitación, bulle el corazón, anida un hálito de bravura. Late la pasión de la tierra, corcel sin control ni razón. Canta la ley del caos el orden supremo del Ser.

Fresca nace la mañana, abre sus pétalos el albor y yergue el Espíritu su semblante. Desde la montaña sagrada, se contempla un imperio bajo la luz incipiente, el frondoso valle con sus frutos. Brota, surge de la Tierra el alimento de los sentidos. Nutre con sus rayos, ¡Sol de fuego!, la fuerza de Dionisos. Las entrañas de la bestia, el temblor de cada pequeña criatura, laten al unísono en un Querer de la madre Natura, en mil quererres disonantes que buscan confundidos el alivio de su dolor.

¡Ay!, mil hijos del devenir. Nacer para sufrir; crecer en un mundo de deseo; amar y procrear, que el deseo cósmico se perpetúe; y morir, que la burbuja se salga del océano donde olas braman. Hallar reposo en el silencio de la nada, y dejar que en polvo se conviertan nuestras pasiones.

¿Hay cosa más extraña que vivir? Sí, vivir sintiendo como el hombre lo hace, vivir perdidos preguntándose qué sentido tiene vivir. ¿Hay cosa más incomprensible? Saber que para nada se vive, que todo ha de terminar como empezó, que toda nuestra lucha es vana con la seguridad de que al final resultaremos vencidos. ¡Vivir!, un sueño en un instante, como burbuja efímera, relámpago. Chispas de la existencia, fuegos lejanos que se pierden en la inmensidad.

El camino está oscuro, caminante. Tú eres la luz, tú el observador del cosmos. Sin ti el cosmos no se entiende; contigo, ser viviente, la incomprensida es tu existencia. Tu deseo, tu dolor, tu vacío...

La noche se cierne, y el silencio se allega. Frío cae el retorno del negro manto. Luna y su triste mirada ¡inconsciencia del ser!, un corazón donde no hay gobierno, que late sin desearlo ni sentirlo. Perece lo que no es eterno, vive para siempre lo que realmente es.

Fatum

Creado el cielo y las estrellas, creadas las bestias y de entre aquéllas la más temible—homo sapiens sapiens—, ha de dotarse al cosmos del orden que lo sujete, de leyes que lo gobiernen. El geniecillo juguetón ya tiene su pequeño teatro y sus muñecos de trapo, ¿qué le faltan sino los hilos con los que hacer danzar las marionetas? ¡Oh, fatum!

La oscura escena del inmenso vacío es de luces y sombras repleta en astros fríos e incandescentes. Orbitan planetas en su danza alrededor del fuego estelar, danzan miríadas de estrellas en torno a la hoguera del centro galáctico. Nacen del gas y del polvo y en polvo y gas mueren entre hundimientos y eclosiones, entre colores estivales y tinieblas invernales. Movimiento hay en el escenario en virtud del guión representado por la materia. ¿Quién desea su devenir, quién baila al son de “Harmonia Mundi”? ¡Oh, fatum!

Como en una tormenta, el trueno y el rayo, Señores altivos del bosque sombrío, dominan desde lo alto, y el viento y la lluvia impelen al refugio. Criaturas pequeñas, hormiguitas desde las alturas, corren, sí, corren despavoridas, huyen de la tempestad que baja de las montañas. Fuerte el temor acelera sus corazones, gobierna sus voluntades, y arrastra lejos del dolor. Como en una tormenta, ¡oh, fatum!

Pesadumbre, tormento, carga Atlas con el mundo, condenado a soportar su peso. Lleva cada cual su cruz, su destino grabado en sangre, en pasión. Pasiones arrastra la vida, que no razones. El temblor del cosmos, Voluntad, agita nuestras conciencias, nuestro querer, y nos condena a sufrir el sin sentido de las sinrazones. Deseo vago, incierto, querer que no se extingue hasta la extenuación, cada pequeño dios cae con su vida, dobla la columna hundido en su lastre. Dobleaga el anciano ánimo por el camino que lo ha consumido en dura faena. Alza el joven intrépido su pecho contra su sino, mas de nada sirve la lucha, pues siempre tú has de ganar ¡oh, fatum!

Oscuro señor cuyo nombre temen, sombra de las tinieblas, tuyo es el mal en este infierno. Ahh... pero esplendor en los mundos alzas, son tus intenciones puras y transparentes, blanca luz mana de tus formas en nombre de la bondad del cielo. Gigante, coloso de fuertes pies, todos somos tus hijos devorados. Tú caminas y el mundo y la historia avanzan contigo. También tú eres errante vagabundo en la noche, también se pierde tu mirada en el horizonte sin fin. ¿Adónde nos llevas, oh, fatum?

Nada está escrito, la sabiduría se improvisa. No hay oráculo que dé certeza a la incertidumbre en los cuantos de tu acción. Desde el principio de los tiempos se halla la materia en turbulenta revolución, en caos frenético que desconoce su fin. La novela del cosmos se crea a cada momento, hay un pasado cierto pero no un futuro cierto. Escribe el artista inspirado, delinea los contornos al tiempo que los observa. Nuevas notas en el pentagrama llenan el tejido armónico. Escribe inspirado por las musas de la fortuna, la obra se representa al tiempo que se crea. Crea, crea, ¡oh, fatum!

Irrevocables caen tus órdenes como una sombra que desde la lejanía se aproxima. Como la noche sigue al día, como el ocaso proyecta largos halos oscuros hasta el horizonte, ¡sombra!, llegas tú desde la eternidad hasta nuestros cuerpos, dando vida, amanecer del bosque dormido, impulso a savia y sangre de plantas y animales, aguas subterráneas y manantiales de superficie fluyen a un ritmo: fatum.

Los enfermos lloran por tus designios, de los dementes culpan a tu sinrazón. A los adictos llaman de voluntad arrebatada, y a los amantes locos en la pasión engendrada. ¡Ay!, ¿mas no somos todos enfermos de adicciones, dementes en las pasiones de nuestros amores? Tuyos los designios, tuya la sinrazón, voluntad arrebatada por la pasión. Mismidad del Ser: fatum.

Los imperios nacen y perecen, la historia avanza para su gloria y su perdición. En mal momento tal cual presente, caminan los pueblos hacia su destrucción, conscientes de su decadencia, sin poder detener su caída, atracción fatal. En tiempos de luz florecen los jardines de palacio, embelleciendo las piedras de la civilización. Designios del fatum.

Veo un florecer en el cosmos, fatum es naturaleza, savia que riega cada rama, cada hoja. Veo un florecer, y el Universo se hizo sueño del orden, vivencia de la razón, luz en la oscuridad, sabiduría en sí misma. Se crearon los cielos y la tierra, las plantas y las bestias, y un mono desnudo se alzó entre éstas, levantó la vista al infinito y lloró enternecido por la feliz idea, pues vio que aquello era bueno, era bello. Hágase en mí tu fuego—dijo—, y la ciencia del hombre penetró los fuegos fatuos de hasta las galaxias más lejanas. Y el hombre quiso ser naturaleza, quiso ser sabio como ella, mas aquélla contestó: todo en mí es lucha, y no alcanzaréis vosotros la verdad sino en sufrimientos; todo en mí es amor, y no seréis dignos de mi abrazo caluroso si no amáis como yo lo hago: amor fati.

Al fin, seres humanos, alcanzaréis la inmortalidad anhelada, os despojaréis de vuestras vestiduras y será el cosmos vuestra nueva piel. Fundidos a la eternidad, ligados a la incertidumbre del azar y las certezas de lo necesario, naturaleza es nuestra alma, siempre y en todo lugar, por los siglos de los siglos en la inmensidad. Amamos nuestro destino y nuestro destino nos ama. Siervos seremos amos, pequeños seremos grandes. Los últimos serán como los primeros, pues todo es un juego de la materia y todos participamos por igual. Fraternidad con el hermano cielo y la hermana tierra. Una sola familia unida por el amor fati.

Cae la lluvia mustia sobre el lago, se enrojece el viejo árbol y el gris del cielo canta la llegada del otoño. No estés triste, flor, pues retornarán las luces de los pétalos y el verdor de la primavera. Todo va, todo viene, todo gira en un eterno retorno del destino. Aciago devenir parecele al hombre su muerte, hojas que caen, mas el viejo árbol vive, y si éste yace, el bosque pervive, y si éste desaparece... ¡ah!, confiad en la sabia naturaleza: otras luces brillarán bulliciosas y cantarán el himno "Amor fati".

Las aguas frescas del manantial fluyen, fluyen... entre escollos y socavones, caen por la ladera desde las altas cumbres. Libres discurren en su destino marcado reflejando el tintinear de las estrellas en la noche y hundiéndose en la luz del día, cayendo grávidas a su océano. En los mares la embarcación sin

rumbo, sin timón. Gobierna el azar de las olas y el viento la dirección del viejo casco de madera. Perdido en el infinito, en busca de la playa a que poder arribar. Perdido en nuestros sueños, buscamos nuestro paraíso lejano: las arenas doradas bajo el Sol y las palmeras. Sedientos y rodeados de agua, inmersos en el tiempo y ansiosos de que llegue el momento de hundirnos para siempre en tu corazón, amor fati.

En los remansos de tus brazos, amada inmortal, en la paz de tu silencio, fluye el río de la vida, canto dulce y sosegado. Nada importa, nada va más allá de tus designios; indiferencia total y absoluta. A la naturaleza, sin emoción, brinda el anhelo humano el sentimiento trágico de la existencia, mas dulce, amada mía, dulce es la vida como la mar en calma tras un día de tormenta. Olas que llegan bramando desde la lejanía y dejan su murmullo apagándose al irse. Cenizas en el otoño, hojas amarillentas, cartas al amor perdido: fatum que nunca su meta alcanza, el Ser prosigue su marcha. Caballo que trota sin descanso hasta morir; fuerte el corazón terrestre de quien cansado sigue caminando, perdido sigue buscando, y sin libre albedrío sigue queriendo.

De los hombres y su deber ser

Vagabundo

No es el ser humano sino un vagabundo, un alma errante sin más techo que las estrellas, sin más hogar que su camino, sin más amparo que sí mismo en la fría noche. Su destino es el de viajar sin metas predeterminadas, su sino es perderse en el bosque y buscar su salida, despertarse con el silencio de la mañana, alzar la vista al cielo en busca del gran mediodía, y deslizarse en la tarde hacia la oscuridad que nos adormece e invita a soñar.

Feroz, el deseo ruge salvaje, se rebela el indomable contra el orden establecido, y sale al encuentro del aire limpio de las montañas y sus arroyos cristalinos. Late poesía en su arrojado, en su demencia, en su devenir impelido por el fuego, en la rojez de su mirada encendida. Fluye el mar en calma, en la vasta pradera, en el sosiego de su despreocupación, de su renuncia, en el hombre tranquilo lejano a los atisbos de la civilización.

El viajero se pregunta “¿a dónde camino?”, y en el valle resuena con eco “sigue caminando”. Nómadas hemos sido, y nómadas nos pide la tierra ser. El sentido de la vida no es la civilización, no es el asentamiento sedentario que sedientos nos deja de otros lugares, otras vivencias; no es el cultivo del campo ni la crianza de una prole, y menos aún el adaptarse a la selva urbana como pisapapeles o ciberusuarios. Algo ruge todavía en nuestro corazón de simios, algo salvaje y primitivo como la naturaleza, aunque elevado y espiritual como acontece a los pequeños dioses que se anticipan a su futuro de superhombres.

Feliz quien no tiene casa, porque su mundo es más grande. Feliz quien no tiene hogar, ni conyugue que lo espere cada noche. Desarraigado sin patria ni familia se puede caminar más lejos. Feliz sin vehículo propio, no es más libre

quien propiedad posee. Coche, casa y mujer, todo de alquiler—decía un paisano mío—; bueno, la mujer que sea gratuita como el aire, de uso temporal y posterior devolución...; y deambular ligeros, con la sonrisa en los labios, con la mirada al frente, seguro de uno mismo aun cuando nuestra vida segura y acomodada queda atrás.

El asceta de los senderos renuncia a la seguridad de la urbe, renuncia a la riqueza material, al reconocimiento de los otros hombres. Medita en su caminar silencioso y disuelve su ego en la naturaleza que lo envuelve. No aspira a ser Señor ni súbdito, amo ni esclavo, burgués ni proletario, príncipe ni mendigo. Sólo aspira a ser sí mismo, y la esencia de su ser es la nada. Sólo aspira a encontrar el final del pozo de su alma, y hundirse en él, y encontrar en la vaciedad de la existencia aquello que llena el corazón de los hombres.

Paso tras paso, atrás quedan las flores marchitas, las sombras de un pasado olvidado. Delante, siempre delante, está el cielo radiante y la primavera que espera un nuevo florecer.

Paso tras paso, se suben las montañas, y una vez en lo alto... ¡ah! deja Sísifo caer su carga, baja él mismo ligero, y vuelta a empezar. Todo querer es vano, todo sufrir inútil. Olvidar, sólo nos queda olvidar, y embriagados seguir caminando. El perfume de los nuevos jardines floridos ha de servirnos de licor que excite nuestros sentidos y ahoguen nuestros recuerdos en aguas limpias de luminosos reflejos centelleantes.

La flor del camino, la flor del olvido. La melodía de la canción silbada que deja atrás voces e imágenes, y penetra en los andurriales del bosque fresco, rejuvenecido, de pájaros cantando, de árboles henchido, de montes coronado. Mundo extraño la soledad acompañada del verdor bullicioso, del olor del campo.

Las miradas de los curiosos ante el forastero que atraviesa cada pueblo nutren el silencio del errante. Las palabras de las gentes con quien se tropieza son su calor humano, su hogar en ninguna parte. Tal cual espíritu que ve sin ser visto, espectador ajeno a la escena teatral, contempla el caminante perdido la perdición de las demás almas, y pues que pasivo observa y sigue su trayecto sin detenerse, no actúa sino comprende la vida cuyo sentido es padecer y luchar como pies que descalzos avanzan por las piedras del destino.

El ser humano no existe a nivel individual sino como parte de una sociedad, de un planeta, de un cosmos. Piérdase por tanto el uno entre los muchos, entre las gentes, en la naturaleza, en la noche bajo las estrellas. Fúndase el uno con el todo y nazca así el sueño de todos los hombres, de todos los astros. Caminemos, caminemos, persigamos el infinito en el horizonte para alcanzar la deseada unión.

No es sabio ni profeta, no viene a traer la salvación de los hombres. Tampoco es hippy o adepto de alguna que otra moderna raza urbana. Sus viajes no son los de las drogas alucinógenas, ni vive en comuna, ni es mercader ambulante de pulseras y trastos. Ni mucho menos es un turista, patética representación del arte de viajar. Nada debe visitar, ni tiene su ruta planes que no improvise la vida. ¿Quién es pues? Un poeta que ni escribe ni recita, un aprendiz sin maestro y maestro sin alumnos de la escuela del mundo, un místico sin religión, un alma

perdida... Ser un don nadie en el vagabundo es una metáfora de la condición humana.

Por las estepas del nihilismo, bajo un Sol abrasador, la mirada se nubla, el horizonte se vuelve borroso. Busca el sediento solitario su manantial, el fresco fluir del Espíritu, la sombra amiga que aviva el alma y da sentido a la existencia. Busca el valle fértil, de frutos jugosos que quitan la sed del viajero, de prados y arboledas, de regueros, cañadas y riachuelos. El manantial de la vida, de donde brotan el llanto del niño y la sangre apasionada de los amantes. La tierra feliz, en donde los hombres colman sus corazones. Busca en vano el peregrino, pues tal tierra no existe, pero de ilusión también se vive y camina.

Miré al infinito, tras la noche estrellada, y me sentí solo. Comprendí el misterio de la oscuridad, he visto lo que su velo esconde. Todo individuo cuya verdad es la naturaleza como un todo, cuya ley es la de errar como gota de un río, cuya idea de belleza está disuelta en la eternidad, aquél, digo, a la vez se sentirá lleno y vacío, en comunión con el cosmos, con el frío cosmos, y sintiendo que como individuo no vale nada. Nada y soledad deparan a quien ve cómo su cuerpo es arrastrado por las olas, como si de una pequeña barca en alta mar se tratara.

La paz del Espíritu, lejos del mundanal ruido. El secreto bajo las losas frías, el silencio eterno. En el último suspiro se halla el buen puerto de cuya añoranza se nutre el ir del infatigable peregrino. Tuyo es, caminante, el angosto pasaje hacia el fuego de las tinieblas. Es tu fe en el destino desconocido luz que alumbró los senderos de la humanidad: nada hay más cierto en la vida que su incertidumbre. Luz es el esplendor de las mañanas que el Sol eleva e ilumina, tu nuevo día en el incesante recorrido que el devenir nos trae.

Al mar llegan sus pasos desde las montañas. Las aguas se ciernen sobre la costa y sus acantilados, abrumadoras en su espumoso ondear, rompiendo el silencio de la playa solitaria, arrastrando los remansos de eternidad hacia la orilla. Enmudece el tiempo entre sombras, y se allega sin prisas en las olas sobre la tersa piel acuosa.

Sobre el mar de nubes suspira el ángel de cabello rizo y ojos risueños, en dulce sueño se sumerge y camina para perderse entre el espesor neblinoso. Poco a poco deja de verse su figura. Su perfil de espaldas se funde con el vapor. Que los dioses bendigan a los bohemios, porque de ellos es el sentido de la existencia.

Como la vida pasa, como el corazón late, así transcurre serena, jubilosa, la existencia de lo que fluye. Perenne campo de flores, pradera de lejano horizonte que envuelve con la tela de los sueños la brisa de mañanas y tardes. Como el aire fluye, como las olas llegan, así canta el día, así brilla el cielo, así transcurre serena, jubilosa, la existencia de lo que vive.

¿Qué busca el hombre? Su cielo, su infierno, su destino fatal. Arder en su fuego, consumirse en el deseo, vivir en el ansia, hallar certeza en lo incierto, perderse y encontrarse en los brazos protectores. Huir de todo, ser de nadie, nada poseer, ser olvidado para resurgir de entre las cenizas victorioso.

Arrastra la ventisca las hojas, arranca la voluptuosidad con coraje al corazón de su dormir para elevarlo al silencio, al imperio magnánimo del Espíritu. Cae en profundo sueño envuelto en el torbellino de una tormenta que devora a sus

hijos predilectos. Cierra sus ojos en un mundo para poder abrirlos tímidamente en otro. El lento discurrir de la melodía, un solo entre la orquesta de la naturaleza, virtuoso de las cuerdas del alma en registro poético. Camino perdido hacia el horizonte sin fin, hacia lo lejano, en un lento decaer de la luz que el otoño envuelve arrastrando sus hojas con la ventisca, acaecer melancólico.

Soledad llaman a quien almas se lleva, consumiendo y extinguiendo las vidas. Noche perpetua, luz de ciegos, sonido de sordos. Atraviesa con fuego calcinante las entrañas del errabundo, quema el filo que corta la respiración. Penetra en la sangre, llega a la médula y araña los huesos. Su infierno mas también su cielo. Cielo de pureza infinita, de resonancias místicas en el ocaso del mundo. Dolor que glorifica, espacio callado de dulces melodías. Paso tras paso, adelante se hallará la nueva luz, las llamas del Olimpo, y tú, solitario, llegarás a la meta para consolar las fatigas de tu cuerpo exhalante en sangre cálida, audaz.

Amor

Suspirar por la pasión encendida, vibrar por el corazón llameante, volar como un ruiseñor por las mañanas, cantar al amor del enamorado es harto corriente en las letras del poeta. Mas no alcanza el finito arte para dar fin a las formas de un tema infinito, pues donde el enamoramiento acaba comienzan las variaciones sobre el mismo que en vasta tierra de cultivo germinan.

Hay además un amar, voluntad de entrega, que supera toda mecánica reproductora y trasciende al par hombre-mujer. Hay un amor grande, digno de filósofos, de almas grandes, alejado del minúsculo sentir de la narrativa rosa. El suelo donde enraízan las pulsiones es el mismo, todas las flores se alimentan del mismo maná, pero la más bella no es la más engalanada rosa rosa, sino la que se muestra discreta a los pocos corazones que pueden abrir sus pétalos.

Nada tan vaporoso y falso como el contenido de la palabra “amor”. Decir “amor verdadero” es tal cual decir azúcar amargo o sangre azul. Nada tan parecido a un ensueño, ¡qué digo!, a un sueño, que al despertar se queda en un dulce recuerdo lejano, azúcar de juventud, en un rojo poniente, fuego de sangre. No hay verdad en el amor, mas amor hay más allá de lo verdadero, en un cielo de deleites e infierno de sufrimientos imaginarios.

Hay quien llama amor al deslumbramiento de una primavera en cuerpo. ¡Mentira!, sólo es instinto sexual. Hay quien llama amor a la búsqueda desesperada de su otro yo. ¡Quimera!, sólo huye de su soledad. Hay quien llama amor a medrar o resguardarse en una seguridad a cambio de unos servicios de cama. Conocidas son las más antiguas de las falsedades: llamar alma al cuerpo o llamar amada o esposa a la prostituta. Hay quien desea un hijo, ¡poderosa naturaleza! Algunos confunden hacer obras de misericordia con la voluntad de amar. Sólo es compasión, instinto de protección de especie. ¿Dónde queda pues el amor? En un cielo de deleites e infierno de sufrimientos imaginarios.

Hay quien sube las lomas de una pasión con el corazón en un puño, el pecho dilatado, doliente. Hay lágrimas que surcan el rostro, no por meros sentimientos, sino por la contemplación serena de lo bello. Dolor y belleza son las claves del

fervor llamado amor. No el mero dolor físico ni la belleza física, sino los abstractos, intelectuales, sublimación de la existencia corporal, anhelo infinito en la tierra.

Amor Divino sobre todas las cosas, amor a una Divinidad imposible, inexistente, falsa. Gozo y redención a lo Altísimo. Habita en el oscuro pecho el espíritu del día, de la luz, del fuego. Claridad en el templo de piedra. Devoción, entrega, caminar descalzo por la fría losa, sentir e ir más allá de los sentidos. Despojarse de todo y entregarse al falso Dios. Darlo todo y mirar al cielo. ¿Amor, autoengaño, demencia?

Amor a nuestros semejantes, a aquellos que nos aprecian y mismo a aquellos que ni nos conocen, que más alta virtud es dar sin recibir. Amor a la humanidad, entrega, fusión del individuo concreto con lo humano en abstracto. Vivir por los otros, no por caridad, ni por pena, no por interés, sino por ambiciosa aspiración de colmar nuestra sed Divina: amaos los unos a los otros, como decía el humano Jesucristo. Dulce brebaje de honda ausencia, vahído embriagador perderse en los muchos y olvidarse del propio ego. Belleza en el cristal que solidifica tras la fusión de las muchas almas entrelazadas. ¡Ah, bella utopía, bella mentira!

Vivir sin vivir en uno, querer sin objeto del querer, soñar, sí, pues en la tierra no habita la ilusión. Ama el poeta, ama el artista, dibuja el músico con sonidos la sirena, la amada, la ninfa y la musa. Cada nota, cada silencio, cada atardecer rojizo contemplando el mar, buscando con la mirada perdida... el silencio, cómo calla apaciguado nuestro corazón.

Lengua carnosa en espíritus mortales, agonía de cuerpos náufragos en las caricias ondulantes, gruta sinuosa y oscura en la playa que el mar devora. Los amantes descalzos caminan por la arena con el agua hasta los tobillos, los pies se hundeen en cada surco y se levantan a cada paso. Caminantes unidos por sus manos dirigen su himno al Sol poniente, al atardecer rojizo que extingue las brasas llameantes de quienes escriben versos con sangre.

De las vastas inmensidades del Cosmos, de sus incontables astros, nace el fuego que mora en la inmortal eternidad, Amor a la existencia y a la Naturaleza, emoción de quien es Señor y esclavo a un tiempo del cobijo oscuro o del cielo luminoso. Alma perdida en la senda de la Gloria, Voluntad sublime desde las altas cumbres. Reina primavera en el valle de luz. Eterna, eterna flor, en el valle del Sol.

Reina primavera en el valle del deseo, y haz del deseo poesía, de la mujer y del hombre unidos presagios de bella ventura. Sobre la pradera agreste, tendidos entre las espigas, sienten el cálido atardecer con sus últimos rayos, hijos de la tierra, amantes en la tierra amada. Besos humedecen las secas arenas que semillas, ¡ay! semillas de la vida riegan. Hijos de la tierra, vuestra sed es insaciable, sed de luz, sed de aire, sed de engendrar. No basta el agua que beben vuestras raíces. ¡Sed de luz, sed de aire! Tierra que llama al cielo, germen que lucha por brotar. Germina en el país de los sueños, suelo de dulces trigales y álamos altivos. Cielo, mi amor de ojos color tierra, tez trigueña. Campo de hierba fresca, húmeda, empapada de flujos seminales, savia de cuerpos irrigados de leche celestial, eterna voz del camino blanco que trazan racimos estelares. Láctea

es la vía que devora y envuelve a los amantes, tersos pechos henchidos de voluptuosidad. Deseosa, ardiente, jugosos pezones tras la tela transparente, en noche de silencio. Tierra misteriosa, Cosmos oculto, el secreto de la vida lanza su grito. Reina primavera en el valle del deseo.

¡Ah!, si el deseo fuera amor... y los paisajes naturales fuesen cuerpo... su piel sería lago glaciario rosado, terso y en calma, ondulado suavemente por la brisa alpina en el atardecer, pidiendo a la noche y a las estrellas que pronto se sumerjan en sus aguas. Sus pechos son aquí dos altas montañas coronadas por la blanca leche de sus pezones. Erguidos sobriamente, majestuosos reinan, cumbres dominantes del horizonte, en los anhelos del hombre que al cielo escalar aspira. Su rostro es el mismo cielo, azul cuando está alegre, gris cuando está triste o en lluvia de lágrimas sobre sus mejillas de lago pálido. Cuando ella sonríe, cantan los pájaros de las montañas, y las aguas se tornan relucientes. Cuando ella mira, cae rendido el hombre para hundirse en sus corrientes. Nadar sobre su sábana azulada, desfallecer y dejarse arrastrar allá donde el lago desemboca, camino de arroyuelo entre la espesa vegetación, pubis a donde fluye el oscuro deseo. ¿No eres, mujer, tal cual los más bellos parajes que el hombre en sus solitarios caminos por la naturaleza busca?

La luz se hace escena, el sonido música, y tus palabras dicen “te amo”. Se funden las nieves del frío solsticio invernal, reina primavera en la tierra donde los campos germinan, y nacen verdes lechos para el retozar de los amantes. Canta la mañana temprana los amoríos de la noche desnuda, roza el viento con las caricias de su piel contra la mía. ¡Ay!, eterna primavera, ¡quién te tuviera! Mas sólo es para siempre lo que nunca se alcanza. Son eternas las estrellas como distantes son los ideales de belleza incorruptibles y el amor por lo bello, lucero celestial más firme que el diamante. ¡Ay!, eterna primavera, quién pudiera... pues en la Tierra todo gira y vuelve a su posición primera, que no hay alba sin crepúsculo ni flores del Abril sin el ulterior deshojar de sus pétalos; muere lo que nace, y pues el amor es cosa ligada al nacer, se extingue en su finitud.

Dolor, sólo tú permaneces, sombra de vida y muerte, pues todo lo mueves y remueves. Calor, llamas inmortales, designios inescrutables que alimentan los corazones dolidos bañados en un caldo de anhelos y abnegaciones. Espina, en la rosa que hiere a quien el embriagador perfume busca. Negra, la noche triunfa entre los que se aman, envuelta en el silencio de sórdidas miradas. Alas, para volar del nido al lugar donde nada importa, al lugar donde el corazón existe... en sueños... Luz, agonía.

Amé la vida con entusiasmo, del querer de la mujer se nutrieron mis arterias y venas, del amor al amor bebieron mis ojos anhelantes de un cuerpo desnudo. Mas nunca la proximidad de los corazones ha dado en manar sangre de un cuerpo hacia otro. Cada humano es un circuito cerrado en sí mismo. Del fuego exaltado de la pasión sólo se oye silencio. Del cariño sosegado, de la ternura de un abrazo, sólo se oye silencio.

Tras las ramas de los arbustos una bella muchacha se baña desnuda en la laguna. Oculta mirada la observa, lozanía de primavera en cuerpo. Sus cabellos, largos, oscuros, caen sobre sus pechos y el vagabundo calla, suspira sin ser oído.

Amarla sería un regalo de los dioses, pero sólo una noche, tal vez algunas. El alma del vagabundo pertenece al bosque, a las montañas, a las estrellas y demás astros lejanos. Quien ama demasiado no puede amar tan sólo un poco. Se aman las pequeñas cosas de la vida, sí, las florecillas silvestres, las muchachas de piel sonrosada y tersa, los atardeceres del estío, mas quien ama demasiado no puede dejar su corazón a una sola cosa. Conmueve la belleza, sí, mas aquélla es algo abstracto, algo disperso en un cosmos fundido y entremezclado. Cosmos de soledad y dolor, de colores y de encantos, donde se funden las almas en un cielo de deleites e infierno de sufrimientos imaginarios.

El jardín de las virtudes

Un hombre humilde vivía en una pequeña cabaña cercana a los jardines en que trabajaba. Estos pertenecían a un gran señor que residía en la mansión principal, de colosal aspecto, y veía enaltecido tal dominio con los primorosos cuidados de la circundante vegetación. ¿No eres tú, ser humano, jardinero de tus virtudes ante el cosmos grandioso? Contento, sí, de ti mismo y tu labor, al tiempo que creas satisfacción en quien observa tus flores.

Del espíritu sereno, apacible de la vegetación se llena tu mirada, de la mansedumbre pastoril, de un campo de amapolas, mas también de la fortaleza de los robles en tu parque, de la sabiduría de ancianos y vetustos árboles que otros antes que tú han plantado.

El corazón del jardinero se sobrecoge, vive en el regocijo de sus plantas, palpita con sus eclosiones y contracciones, nace con cada primavera y se languidece cada otoño. Es un ser moral que no espera del cielo lo que no le puede dar la tierra, es un ser de la vida, de las emociones, al que conmueven las flores, al que conmueve el dolor ajeno; incapaz de dañar un pétalo, incapaz de dañar a sus congéneres. ¿De dónde si no, jardinero, de dónde salen las virtudes si no es de un alma educada en la sensibilidad?

¿La moral? No hay sentido en tal palabra para quien sigue un bello deber ser. ¿Acaso creéis que la conducta armoniosa se sigue del reproche tal cual viejas criticonas hacia uno mismo y hacia los demás? No hay ley, no hay partitura de preceptos universales, sólo sonidos que se hacen música en los oídos más refinados.

Bueno es lo bello y sólo a través del goce estético vive plenamente el sentimiento que aprecia la bondad. Que el júbilo de los corazones exaltados despierte en vosotros conductas artísticas. Que el carácter, vuestra personalidad, imprima en vuestros actos y obras el espíritu de la materia, la forma sin silueta que envuelve cuadros, esculturas, catedrales, sinfonías, poemas... y vuestros principios morales.

Sólo hay una virtud y se llama nobleza, pues de ella emergen todas las demás. En buena tierra se cosecha cualquier fruto, pues sus nutrientes la hacen fértil para desplegar las formas infinitas de la belleza. Sólo falta que el ambiente acompañe, que luzca el Sol con fuerza y se rieguen de limpio fluido, destilado de la perfidia humana; entonces brotarán vigorosas las virtudes del jardín.

Es del hombre la savia viril fuego de su voluntad, el fluir del agua y el sublimarse en aire. De la mujer es la tierra, fecunda y protectora tierra, de ella mana la dulzura de sus frutos. En lo masculino, la virtud es movimiento, es progreso, es lucha más allá de su destino. En lo femenino, la eterna perpetuación, la salvaguarda de la civilización, la solidez de su amor, la madre universal.

¿Y la vida sexual? No hay tampoco ley en el imperio del fuego. Gozad, sufrid, vivid las pasiones con la intensidad del torbellino que alimenta la vorágine ansiosa de vuestros deseos. Sentid los latidos del Sol bajo vuestra mirada, bajo vuestra piel. ¿La virtud? Vergüenza debiera daros desperdiciar vuestra juventud oyendo y asintiendo a beatas impotentes para el goce. Vivir es la virtud y todo os está permitido mientras vuestra alegría no se alimente del sufrimiento ajeno. Sed de virtud, sed de perdición, ¿qué los diferencia? Hallad, hallad el infinito también en el infierno, en sus llamas, en su color vivo, refulgente es la divina belleza de la pasión.

No escuchéis las palabras. No hay razón, no hay lenguaje, sólo el palpitante de la vida con sus instintos, el fervor de la materia hecha carne, la pulsión voluntariosa, Eros y Tánatos. Virtuoso aquel que proyecta sus instintos más allá del horizonte, corazón fáustico de mirada al infinito, y transforma sus anhelos en poesía escrita sobre el papel de la existencia.

Sobre el muro enverdecido por el musgo trepan las ramificaciones de la vida buscando su luz, buscando el cielo de la bondad. La hiedra anida en la humedad, en el maná de donde brota generoso el silencio de beatitud. En la voz de la piedra, fría y húmeda, suena ecos de paz.

De los estoicos y otros clásicos hemos aprendido que es más dueño de sí mismo el hombre que permanece inalterable ante los golpes del destino en su puerta, alejado de la ira, sostenido por su templanza. Voluntad domeñada, porte sereno, ni triste ni alegre, ni lágrimas, ni sollozos, ni carcajadas, sólo una benévola sonrisa. Cada momento se parece a lo eterno, cada lugar refleja el espacio inmovible.

Amar el silencio de las plantas, morar en la austeridad de los troncos desnudos o en la opulencia exquisita de las flores, amar los paseos solitarios por los senderos rodeados de alegría y de dolor, de rosas de vivos colores sobre tallos de espinas.

Virtuoso quien silencioso bajo la noche escucha las estrellas, quien contempla extasiado la profundidad del espacio, la bóveda celestial, espectador del Universo, y no necesita gritar al cielo: “yo también estoy aquí”. Alabados los callados, los que no necesitan llamar la atención sobre sus congéneres, los que en una charla saben escuchar y no se muestran ansiosos por hablar los primeros, porque de ellos es el reino de la noche y el silencio.

Sólo el humilde, el que esconde sus tesoros de bondad bajo la tierra como abono para las flores de belleza. Sólo el humilde, el manso que se regocija en lo bello de sus acciones sin presumir de ello. Sólo el silencio contiene música bondadosa, sólo el cielo elevado es contemplado por quienes bajan su cabeza ante él.

Nobleza del alma, aristocracia del espíritu, templo del corazón, palacio de la bondad. Humildes nos quiere, recogidos en el silencio con pasos tranquilos, bajo el techo cálido del pequeño hogar. Que grande es lo que no ostenta tamaño, y no hay mejor privilegio que plegarse ante la existencia.

En el desierto del nihilismo hallaréis la pureza del asceta, la espiritualidad del silencio, el monasterio que abriga el alma. Sobre la piedra desnuda y fría camina, a veces erguido, a veces encorvado, el solitario, el peregrino que busca la paz. De su fatiga, de su hastío fundido al recogimiento de su dolor, de su alegría melancólica surge el hombre santo, la noble mirada, el destino de los elegidos.

Si la vida es un camino hacia la muerte, si la filosofía es la meditación sobre ello, ¿qué ha de ser nuestra moral sino un mejor dejarnos morir? Un camino hacia la nada, una anulación del ego, del ansia de vivir, del deseo. Un amor a la noche, un entregarse al gran vacío del Universo.

Polvo somos, y nuestra existencia ha de servir para abonar los campos y jardines de nueva vida venidera. Que las flores se digan: aquí mis colores debo a los nutrientes que el jardinero dejó. Eterna belleza en la materia que la vida transforma en espíritu.

De la belleza y los sentimientos

Arte

A menudo el corazón se pregunta por los abismos que separan los distintos saberes del hombre: la ciencia y la poesía, la filosofía y la música, el estudio de la historia y la pintura, la ingeniería y la arquitectura. ¿Y los abismos del tiempo? ¿Cómo frutos del mismo árbol tienen jugos de tan distinto sabor? Mas quizás sea el abismo sólo forma sin fondo. Quizás haya un único sueño humano y mil noches en la historia para soñarlo, y mil escenarios para representarlo.

Vida de artista, arte para la vida y vida para el arte. El creador es fruto de un azar impredecible en el devenir de la humanidad, es el brillo audaz de una gota de agua en el sino del río de cada época, cada lugar. Nace, se hace, y además vive como artista quien artista es. No bastan grandes cualidades y potencialidades, no es suficiente con conocer la técnica, es además necesario vivir, empaparse de las aguas cuyo caudal la obra ha de reflejar. Se alimenta de Espíritu y vive en el Espíritu quien tierra en cielo convierte.

El artista es héroe, es santo. Su vida no le pertenece, su causa es la creación, pequeño dios, gran siervo de la Pasión. Bohemia no harta al caminante en su ruta, la dulzura del tímido aplauso o la amargura de la indiferencia, el deseo de vida o de muerte, sueños de fama o melancolía del olvidado.

Estrellas tiene el firmamento humano que dan luz al sentido de la vida. En el caos de las infinitas arenas de la costa, astros del Universo, brillan los pocos diamantes que en la orilla del corazón se sepultaron y el buceador del Espíritu afanoso busca. Finitas son las combinaciones del Gran arte entre los infinitos experimentos con sonidos, palabras, colores, formas,... mas eternos son sus

resplandores que hacen en las muchas generaciones eco de una voz clara y profunda entre el ruido humano. Eco del silencio que teje el alma, canto de sirena. Siempre la misma llamada, el mismo anhelo... el Arte por el Arte, por el hombre, por la verdad, por el Espíritu, por el sueño humano.

Búsqueda de perfección y armonía, equilibrio y tensión, forma y ruptura con las formas, la tradición y lo nuevo, las raíces en la tierra y la luz lejana del astro rey. Las manos moldean el sueño humano. Barro es la vasija que los contiene; y las concavidades, los pliegues de la vida, habitan en el cascarón de la forma que el alfarero de sueños construye. De barro dice el mito que el Creador hizo al hombre. Con barro, fango de nuestras penas, representa el creador la gloria divina.

Cuerpo en tierra y resplandor de eternidad en la punta de los dedos, señalando a donde nadie ha llegado, viviendo lo que nadie ha vivido. Cada obra grande es un suspiro por alcanzar lo inalcanzable. Cada poema, cada música, cada cuadro nos acercan a lo que nunca será nuestro. Princesa o príncipe azul, fantasía de ranas en un estanque bajo la luna. Cada obra magna es una promesa de alcanzar el cielo prometido.

Placer hechicero, embriagadora fantasía que nos libera del cruel mundo. Sufrir sufre la vida, el arte calma las heridas, calla la sangre, alivia nuestros tormentos la bella prometida.

La belleza abandona las ciudades, los corazones de sus gentes se endurecen. ¿Hemos acaso despertado del sueño? ¿Ha roto la conciencia el hechizo?

Hubo un tiempo en que los jardines florecían y los pájaros cantaban a la primavera, y la primavera misma era canto y flores. Hubo un tiempo en que el arte se rendía a los pies de la belleza, y la belleza se materializaba en arte mismo. Hubo un nacer y hay un morir; hubo un Renacimiento y, ¡ay!, que se nos muere de nuevo el Espíritu. ¿Hemos acaso despertado del sueño?

El verdadero arte es Espíritu, el mercado es de los artesanos. El verdadero arte alberga la belleza y la elevación del hombre a sus altas esferas, el mezquino pregona la originalidad de sus monstruos. El verdadero arte convierte materia y técnica en eternidad, la barbarie tecnológica convierte la filigrana malabar en elogio de necios.

Artista grande es alma grande llena de virtudes. Creador pequeño es alma ruin llena de vicios. El artista es sabio, generoso en la obra creada, atenta ave rapaz observadora del mundo y de los hombres a quienes homenaja desde lo alto como siervo humilde en su creación. El embustero es sólo un ciego que nada ve en otro corazón que no sea el suyo lleno de codicia, es un ególatra que no expresa nada más que la vaciedad de su ser. El gran arte busca aprender de la naturaleza, de las gentes, de las montañas y los ríos, de los niños y las madres, de la sonrisa del cielo o de la aflicción de un pueblo. El pequeño embaucador ansía ser materia de estudio él mismo, y que el incauto se pregunte qué diablos quiso expresar con sus maltrechas obras que sólo miran a su retorcido ombligo. Méritos propios distinguen al arte; nada quiere decir el artista que no esté en su obra, nada hay en sus hijos que no esté en el Cosmos y en el hombre.

¿Qué hay más allá de la creación artística? La creación total, la obra de arte total, la congregación de las distintas manifestaciones del Espíritu en una sola. ¿Y más allá? Allende la belleza imaginada se halla la belleza de la verdad. Hacer de la ciencia arte y del arte conocimiento, unir los impulsos humanos en un discurso, alzar puentes sobre los abismos que separan los distintos saberes del hombre. He ahí, creadores, vuestra labor. Quizás haya un único sueño humano... Quizás ya haya sido soñado, y sólo nos quede recordarlo. Puede ya haberse despertado, mas la sabiduría permanecerá hasta el fin de nuestra cultura.

Sabiduría incomprensible, infinito en lo finito, eternidad en un instante. Saben el pincel, la pluma o el cincel dar forma a lo amorfo, y vestir de gala a la desnuda musa. Conocer la esencia del hombre y mostrársela al mundo mismo, misión del intelecto, cometido de creadores. Alzar la vista a lo inalcanzable y ponernos de camino hacia ello.

¿Y cuál es la esencia del mundo? Entre todos los perfumes del gran jardín, uno llena todo el espacio, pues sus flores se hallan en todos los rincones. Dolor su olor, mas los artistas lo llaman drama. Grande el corazón que lo conozca y se redima ante él, pues grande será su obra, espejo de los hombres y el cosmos. No hay mayor verdad que la muerte y el sufrimiento en todo lo viviente. El artista es un filósofo que ve más allá de la razón y comprende como nadie las miserias del corazón. No hay mayor belleza que la comprensión profunda de la existencia. ¡Alma, por ti lloro!

Lágrimas en la emoción estética, portadora muda del grito anhelante. Lágrimas por la belleza, no por el vano sentimiento. Sentir siente el insecto, el lagarto, el ratón o el mono. Sufrir sufre la vida, la sangre. Crear sólo crea el artista, ¡alma, alma!, llora el niño mas el hombre canta.

Lágrimas silenciosas

Quiero cantar la canción más triste, quiero escribir los versos más melancólicos y entregárselos a mi alma afligida. Quiere el destino escribir estos párrafos, estas lágrimas vertidas sobre el papel, pequeñas escenas de la lástima que inspira el mundo material a la mente sensible. Y que pasen calladas, sin armar estruendos, ni con plañidos sonoros. Que nadie más las oiga que quien a la soledad se entrega. Que fluyan las palabras como gotas que se dirigen al río para morir en él, apagadas, entre los torrentes cristalinos que las montañas brindan. Cada mañana se borrarán las huellas de la noche oscura, los sollozos en la oscuridad. La brisa fresca lleva los sonidos del lenguaje consigo, arrastrándolos como hojas secas, amarillentas, de un otoño envuelto en nostalgia, cartas a un amor que nunca existió, amarillentas cartas teñidas por el paso del tiempo en el que el corazón aguarda triste.

Vivimos en la noche invernal. El Sol es sólo un astro que deslumbra y oculta la oscuridad, amparo caluroso que seca nuestras entrañas empapadas en dolor. Las nubes grises se ciernen sobre las aguas, sigilosas, toman las posiciones del cielo, y nuestra alma, que es como el inmenso mar, coge los colores de lo que le circunda, camaleón de emociones.

Tras el sinuoso camino yace el abismo. Avanza, caminante, cauteloso por la ladera de la escarpada orilla; la tormenta y la noche pueden arrastrarte para siempre. ¿Por qué las flores tardan tanto en llegar? Entre el frío y la lluvia, dejas mis calados huesos buscando el hogar que los acojan. Ten fe en la primavera.

Ten fe en la vida, en la buena voluntad de los hombres, en el sentido de la existencia, en el hogar cálido en el inmenso cosmos. Derrama tu suplicio, penitente, pues sólo la luz verás en el corazón en llamas. Ninguna religión, secta o iglesia, redimirá tu fuego, nada salvará tu ahogo. Sólo el que aprende a nadar en su sollozo puede desde el fondo salir a la superficie. Una barca navega sobre ésta, y el remero va alejándose con paso lento a través de las aguas tranquilas hacia el horizonte inmerso en brumas. Allá está el hogar de todas las almas peregrinas; allá yace la vida y en calma el querer se hunde.

No son mis días sino para el anhelo de tu alma, no son mis noches sino para soñarte. Cae tan lejos la alegría de contemplar tu rostro... y sin embargo te presiento a todas horas aun sin verte. No son mis ojos para mirarte sino para verter frágiles gotas por tu ausencia. Por donde camino, no te hallo; allá donde no estoy, sé que me esperas. Desea el hombre lo que vive en el corazón de otro mundo. Lloro quien ama, ama quien vive, ¿no son tus suspiros la conciencia de la existencia?

¿Por qué gime el hombre? ¿Por qué cae el hombre postrado y se emociona en lo más hondo? Piel de fino papel, delicado el órgano nervioso, alma desnuda, ¿por qué esas benditas gotas discurriendo por el rostro que contempla? Emoción estética por la belleza. No es la sensibilidad grandiosa fruto de árbol que siente el viento, el agua y la luz que lo circundan por momentos, sino de las raíces fuertes que lo ligan a la tierra, al cosmos. No vive el corazón inmerso en sublime emoción en su tiempo sino en lo perenne, en lo recóndito, profundo manantial en la gruta que el pozo de nuestros suspiros bombea en forma de lágrimas silenciosas.

Suavemente suena la canción y el lago se cubre con la palidez de la luna, cara de ángel, luz de piel delicada, sensible. Con dulzura halla la melodía del Espíritu lugar en nuestras almas; melancólica, serena, tiernamente cae y yace como sábana arrojando el lecho, blanca de astro triste; el halo de las gotas calladas cubre la cara oscura del transeúnte. Sobre las aguas flota un poso de aflicción nocturna.

Pereced, insomnes del mundo, porque vuestra es la gracia del sinsentido de vivir. Vuestro nerviosismo débil no grita, calla y contempla ojeroso, con desasosiego mas sin ira, el crujir del alma partida en dos. Del silencio nace, se crea, el crepitar de las angustias sensibles. Noche de fuego, noche callada, bulle en pequeños pasos el deseo de la mañana.

Bello mundo, ¿dónde estás? ¿No escuchas mis plegarias? Por un momento creí poder alcanzarte, pero era sólo un espejismo en estas dunas por las que camino. Mi sudor se mezcla en mis ojos con el jugo del dolor, y en la noche el frío lo hiela. Me has dejado solo en este vagar perdido, entre el calor tormentoso de unas secas arenas. ¿Acaso crees que mi llanto puede convertir por sí solo todo esto en un vergel? Bello mundo, ¿dónde estás? ¿Por qué me has abandonado? Yo pedí un cálido abrigo y me fue dado un infierno. Yo pedí una vasta tierra y me fue dado

un desierto interminable, poniéndome en medio de ningún lugar. ¿Tan lejos está la estrella alrededor de la que orbitas que no pueda llegar a ella? Dime cuál es y yo la buscaré en la noche, mi gélido cuerpo soñará contigo, y aguardará despertar en ti, lejos de mis miserias.

Ardientes son las horas felices y en su burbujeo vivimos extasiados, mas no se nos olvidan los torcidos caminos. Pesan las horas tenebrosas y los largos días oscuros del corazón humano, lápidas que hunden los aires livianos de sus espontáneas alegrías. ¿Qué puede más en la vida del hombre: el drama o la comedia, la risa o el llanto? ¿Cuál es nuestra esencia y cuál lo secundario? ¿Es el mundo sucedáneo del infierno o lugar para el goce? Goce es de los sentidos, y paraíso en muchos aspectos, mas los fondos de nuestras historias no son sino tragedias más o menos endulzadas.

Cuando el campo sonriente del mes de Mayo dibujó sobre su techo la amenazadora nube gris, cuando la paz limpia de la montaña vio llegar los nubarrones de tormenta, y la soledad perdida del bosque temió ser turbada,... se entristeció la flor salvaje, y el arroyo bajó estremecido, las copas de los árboles menearon su cabeza, y los animalillos se escondieron. Arremetió fuertemente la majestad de los elementos, con un ruido ensordecedor, con una luminaria celeste apabullante y ráfagas tempestuosas. Guarnecido en la oscuridad de su gruta aguarda que los estruendos del mundo externo acallen su furia, aguarda quien ansía caminar sobre los campos con olor a tierra húmeda, quien espera la dulzura del silencio tras la sombra. Mientras el cielo llora, el ermitaño sufre en las profundidades de su ser, en la cueva donde no llega la luz. El solitario, el vagabundo perdido en los tormentos de su caminar, errante en el bosque frondoso, sorprendido por las adversidades.

Huyendo del mundo y perseguido por éste, allá donde va se le encoge el corazón, se ahoga en la humana inmundicia, y huye, huye... pretende dejar todo atrás, angustiado por la sombra que se posa envolviendo al caminante. No hay lugar para los que nada de este mundo desean, no hay tierra para los desterrados que anhelan el país de sus sueños, obligados a ser extranjeros en su patria, entre la incomprensión de ojos extraños. Sufre quien no vive donde su corazón desea, y se fatiga en el agobio de lo circundante... huye, desea huir, pero ¡ay! que gruesas cadenas lo sujetan, grilletes que mortifican la sangre de su prisionero; cuanto más tira más desgarran sus carnes. Solo, sólo le queda derramar las lágrimas que servirán de unguento a sus heridas.

El viejo palacio convertido en ruinas. Allá donde antes se bailaba ahora danza el viento, donde el esplendor y la suntuosidad hacían gala, visten ahora las paredes de musgo y líquenes. Hombres y mujeres reían y lloraban, nadie lo habita ya salvo algunas aves que se refugian de la lluvia bajo un techo medio hundido, soportando el peso de las horas tenebrosas y los largos días oscuros del corazón humano.

El mar arrastró a la costa abandonada la perla grisácea, el nácar destilado de los sufrimientos, que gotearon como rocío de las hojas escarchadas, disperso en el gran océano. Y bajo la arena, entre incontables partículas, espera ser descubierta cuando alguien profundice con su mano bajo el manto dorado. En verdad, pocas

son las esperanzas de que alguien encuentre nuestro dolor en las arenas de una isla desierta, que alguien comprenda nuestro padecer; no obstante, la perla enterrada es igualmente bella, aunque permanezca oculta. El océano está lleno de perdidas perlas individuales; el océano es bello y sus costas lo preludian.

Repican las campanas oyéndose lejanas en la llanura. Por el campo, por el campo de cereales, en una tarde de colores dorados, pasa el caminante mientras oye el golpeteo metálico de las copas invertidas que heridas suenan por el badajo. Cae la tarde, nace el ocaso, repican las campanas, muere el día herido.

Así caen, una tras una, las escenas silenciosas del íntimo dolor deslizándose sobre la faz de la Tierra, vertiendo sobre sus mares las tristes palabras. El poeta las conoce, la sabia noche las reconoce, y la corriente las arrastra como el viento arrastra las hojas caídas del otoño hacia su fin determinado. Allí yacerán los eternos lamentos, dormirá la pena, la materia se hará polvo, y el polvo se disolverá en la vasta nada, flotando, arrullado en la dulce nana que extingue todo sufrimiento.

El esteta

Más allá del arte está la belleza, más allá del artista está el esteta. Cuando el ideal sobrepasa la forma para adoptar en los horizontes del pensamiento entidad propia, cuando la música suena sin notas y la poesía no necesita más palabras, surge entonces la virtud de una comprensión profunda de los latidos cósmicos que enaltecen la vida humana. La sabiduría del esteta, la sensibilidad del corazón adiestrado en el gusto sublime, percibe el perfume del jardín circundante, y busca en su existencia encontrar las flores que lo emanan.

La gran puerta del Walhalla se abre al héroe que ha sabido sentir el paraíso en la Tierra. Buscaste, errante, en las formas imperecederas de la abstracta belleza y ahora tus sueños palpitan entre los hombres. Has bajado a los infiernos arrebatándoles su fuego tal cual Prometeo para dárselo a los hombres. Has caminado sereno hacia la extinción de los sentidos, disolviendo tus pensamientos en la senda perdida, en la muerte avenida en pulsión de los vivos. Ahora suenan las campanas y tu alma abandona el cuerpo para sumergirse en las aguas del silencio, en el plasma que exalta la existencia y nos da la vida eterna.

Danzan las musas alrededor del fuego mágico entre el murmullo de la noche. Corren las pequeñas criaturas del bosque tras la luz bulliciosa. Susurran todas ellas a tu oído trasladándote al mundo irreal de las ideas estéticas, a la fantasía que cabalga a lomos del dios de las estrellas. De goce etéreo flotando más allá de las altas esferas.

Allá donde el hombre confunde su felicidad con la plenitud de la obra creada y contemplada, donde se olvidan los intereses individuales para acoplarse a la manifiesta exaltación de su cultura, donde se forja el carácter humano alcanzando su templanza armoniosa, allí reside el anhelo del esteta; en el espíritu cuyo fuego arde y arderá eternamente, en lo imperecedero. Más allá del gusto y las modas, el intempestivo reino de la belleza absoluta, utopía lejana, alumbrá los caminos del errante.

Allá caminante, en lo alto, en la cúspide sobre las estrellas, resplandece la nieve blanca y el hielo frío en que se congela el tiempo. La eternidad aguarda intacta, pura, la llegada de sus profetas, de los héroes o poetas que han extendido su credo por el mundo. Su contenido no tiene forma, el cielo abstracto es indescriptible, mas ello, el reino de la belleza, vive en formas concretas de paisajes en el camino hacia el infinito.

Allá donde el deseo se extingue y brota de nuevo, como los ojos del Guadiana, más cerca del mar de la fantasía, en un curso que va de la tierra a los sueños. Allá tus ojos son perlas, amada mía, y las olas dibujan tu sonrisa, tus labios envolvertes. Quisiera sumergirme en tus aguas y bucear hasta tus más profundas simas. Que todo en la belleza no es sino cuerpo de mujer para mis anhelos, mas el cuerpo toma otras formas, y la materia se torna en espíritu, y la tierra se transforma en líquido elemento que fluye y adopta la silueta de los sueños del esteta.

Allá donde el deseo de ser deseado se expresa, viste el esteta con galas dignas de su corazón, humilde cuando se siente humilde, esplendoroso cuando reina la majestad suntuosa. No son las modas sino los modos de apreciar un orden lo que gobierna sus vestimentas. Lejos de la chabacanería plebeya del jeans, la T-shirt y el chándal, su comodidad consiste en ser algo más que un animal vestido de ropa, en portar más bien las prendas que visten a un hombre, o a una mujer, y lo definen como parte de una apreciación estética.

Busca y huye, sufre y sueña. Colosal es la tarea de quien en nuestros tiempos intenta extraer agua de un desierto, de la estepa árida ajena a fines estéticos. Atenta el monstruo industrial contra la naturaleza y contra el buen gusto: deja de ornamentar la belleza, tan alabada en otros tiempos, y aplasta con su insano desarrollo el goce gratuito de bosques y mares, ríos y montañas. Ya el arte noble no imita a la naturaleza, ya no hay arte ni naturaleza, basura y plebe por todas partes es lo que queda. Colosal, sí, colosal es la tarea. Sólo la dureza a la par que la sensibilidad puede levantar la vista sobre la inmundicia y exclamar sobrecogido: mundo anhelado, ¿dónde estás?

La civilización ya no es estética, debemos huir, pero ¿a dónde? ¿Dónde vive lo que ha alimentado el espíritu de occidente en siglos pasados? Tras los rayos del sol de poniente, tras la luna de cristal y el cielo estrellado. A las altas cumbres desde donde poder contemplar lejanos los nidos de turistas plebeyos, la industria del souvenir, el mercantilismo y el plástico, ¡ah belleza prostituida! A donde la poesía esté escrita con savia de verde fulgor, y tierra, y agua, aire, fuego. ¿Y el hombre?, ¿dónde encontrar lo que él escribe? ¿Dónde, soñador, encontrarás que los hombres respeten el fuego blanco sin querer teñirlo con su negro carbón, con su negro petróleo? Sigue la estela del sueño y no mires a la miseria mundana de nuestra demencia.

En la paz de las montañas, lejos del ruido de la civilización donde la abstracción de la naturaleza se vuelve palpable y la belleza tangible. No se precisa del arte imitativo donde se poseen los modelos originales, no precisa el esteta ser creador ni observador crítico de obras creadas donde él mismo puede formar parte del conjunto natural escuchando la llamada del bosque. A la sombra

de los árboles la vida contemplativa alcanza mayor gozo. A la orilla de algún riachuelo discurre la vida serena, fresca y cristalina, y con ella se va nuestra mirada sedienta, ávida de sonidos callados, de murmullos en la paz de las montañas.

Puede la mente anhelante situarse en otro lugar, en otro tiempo, lejos de su presente. A la luz de unos quinqués, cobra el papel de unos escritos el aspecto de un manuscrito añejo, salido del fuego tintineante y amarillento. A la luz, a la luz palpitante pertenecen los viejos recuerdos de un tiempo que la nostalgia aviva. Tintineante y amarillento, como esas viejas cartas en el baúl, de letra alambicada, temblorosa, y papel raído. En el fuego de otros tiempos, desde que la humanidad descubrió cómo crearlo y bailaba a su alrededor, en el goce, en la fascinación, en la mirada tras mil noches de San Juan. Revives su magia y escribes, como hicieron tantos otros intelectos de innumerables generaciones encandilados bajo la llama.

Escribe la novela de su vida con la vida misma, sangre sobre el papel de la existencia, fuego de arterias sobre la noche. Pinta el resplandor sobre el vacío, esculpe el silencio, moldea el flujo que mana de su naturaleza, el río que late ondeando como el viento, transportando el sonido de un poema cuya melodía es alma, es rosa en el jardín del Universo.

Solemne resuena y por su brillo resplandece, apoteosis febril, delirante, allí está humano tu gloria. Loable el éxtasis del placer y dolor, alabada la pasión engendradora de nobleza, el ello indefinido que se adivina tras las tinieblas, el camino sagrado que nos lleva a la cima.

Entre los recovecos del alma, en la oscura y lúgubre niebla de la conciencia, tiembla quien a lo siniestro se aproxima, y explora las galerías subterráneas que alimentan el sentimiento de temor. ¡Tiembla, tiembla! Los monstruos de tus pesadillas saldrán a tu encuentro.

Que la noche de los tiempos brama a sus hijos y enciende en el hogar de sus corazones la lumbre inquieta, la palpitación anhelante, el latido humano ante la divina primavera. Y la estética como saber sensible ha de profundizar en los astros que fulguran haciendo de su entendimiento voluntad de sentir.

Mística sin trascendencia, amor sin persona amada, voluntad sin libre albedrío, sentimiento sin corazones. Persigue el esteta metas demasiado elevadas: el Espíritu en un mundo de materia. Pero nada es demasiado elevado para quien está acostumbrado a escalar las más altas cumbres y contemplar desde ellas las estrellas en la noche. Fundidos a la eternidad, en la viña que racimos sustenta con miríadas de luces, en el espinazo de la noche, nos preguntamos por el más allá. No es el astrónomo quien pregunta y responde hablando de nebulas llamadas galaxias, o de radiaciones cósmicas. Es el esteta el que pregunta al cielo y es la belleza lo que espera como respuesta.

Del espíritu

Armonía

Belleza, alma que vuela entre las flores. Sombra bajo el jardín de la luz, silencio desde la soledad del Cosmos, del orden. Armonía y plenitud en el ser que es consciente de lo que vive en los vastos espacios entre las esferas. Percepción del bien supremo y alegría del corazón. Paz interior, reconciliación con nuestro destino: amor fati.

Majestad en el imperio de los sentidos, gloria a los elegidos. Alabados los hombres de vida divina, el paraíso han hallado entre las cenizas subterráneas, y su sangre ondea al son de las llamas que a otros consumen. Allá donde se funden ser y mundo sin disonancias, allá se halla el cielo, donde fuere, hasta en el mismo infierno...

Cristal que refleja los destellos transparentes y puros del tejido del Universo. Hilos finísimos que el observador pasivo teje en la naturaleza consciente. Malla, red de pasiones unificada en la oración profunda del ser que medita su existencia. Reflejos simétricos, cristal de diamante en el terciopelo de la noche, orden en la estructura del acontecer astral. Súplica humilde del que, postrado ante la inmensidad, vive en su pequeño corazón, con agradecimiento, aceptando los designios del sino. Cristal de lágrima, en la alegría y en la tristeza, en la vida serena y contemplativa.

Sus hilos son cuerdas del instrumento de más bellos sonidos callados, lira del bardo, del lírico, del gélido norte o del suave mediterráneo, de la cultura fáustica y de la apolínea, de pasiones y razones.

Del alma fría de la lógica y la matemática, Pitágoras y sus discípulos extraen el fluido áurico de la música, ornamento de una Idea más grande que su expresión. Filósofos y astrónomos buscan también en los filones del Universo el metal que construya la Harmonia Mundi, el orden de los planetas con distancias al astro Rey según proporciones melódicas. Vano fue el intento pues tal quimera de alquimistas no es real, mas vano no fue el espíritu pues la gran Sinfonía del orden cósmico subyace en lo profundo de las minas, no en la superficie. Su latir presentido es temple de nuestras pulsiones, de nuestras pasiones bien temperadas, fuego de volcán bajo la tierra, aguas turbulentas y, al mismo tiempo, mansas que recorren nuestra esencia.

El Todo es la suma de las partes, como una Gran Sinfonía tocada con los muchos instrumentos, cada uno de los cuales no percibe la Gran Partitura pero sí toca los mismos pasajes que otros desconocidos componentes ejecutan. El arte eterno de la fuga resuena aquí y allá, la misma melodía infinita, la misma tonalidad, el mismo dolor que se transmite de unos instrumentos a otros. Sólo somos células de un ser Mayor—frío e inhumano, no se trata de ningún dios ni de designios divinos—, sólo somos fragmentos de Naturaleza, y como tales danzamos a su ritmo. Encadenados a su destino, los eslabones del Espíritu vibran con el tensar de sus extremos. Una onda de deleite para lo bello recorre la cuerda

tridimensional; su sonido se escucha en el fondo de algunos corazones, paredes acústicas resonantes de eco perpetuo.

Amor fati, venturosa vida del polvo de estrellas. Poema escrito en el destino. Más allá de las palabras, lírica sin melodía ni versos pero con ritmo, más allá del silencio, se halla el misterio de la existencia. Las religiones del mundo lo buscaron, el tejer de los espíritus en el universo, mas sólo hallaron la superstición externa; del tesoro inalcanzable nada más que el brillo lejano de su resplandor conocen los hombres. Medita el hombre en busca de la Armonía de su mismidad con las fuerzas del Cosmos, pero aquella permanece lejana, intocable, impertérrita e indiferente a lo que unos seres menores sientan o dejen de sentir. No se trata de una sensación de paz; la diosa busca la belleza, no el cosquilleo placentero o el convertir un animal en vegetal. Busca la belleza serena, sobria, consciente, en pleno uso de facultades y lejana del atontamiento del meditador pseudomístico. No es un cerrar los ojos sino un abrirlos bien abiertos y, como dos gigantescas antenas, coleccionar la luz del gran enigma, admirar la armonía del Espíritu del Cosmos.

Como un gran poema tejido en un telar mecánico, hilando y anudando estrofas que el Espíritu de la materia canta, surge la composición magistral, alianza de todas las fuerzas. Del imperio de la verdad, del reino de la belleza, surja la justicia en el mundo. Del silencio de muchas almas nazca la paz del Espíritu. Del convento de soledades viva la comunidad del Orden entre las altas orbes. Musita la noche las estrellas, y el silencio la música. Dormidas estaban la luz y el sonido, y al despertar vivió triunfante y jubiloso el Supremo Ser.

El cielo y el mar unidos en el profundo horizonte, teñidos de la misma alegría o tristeza y cantando idéntico poema cromático, elogio de la eternidad. La mar bajo los cielos como dos amantes consumando su dicha de amor; caricias caen sobre las aguas en manojos de luz, haces entre las nubes grises. Unión de dos silencios que suspiran en jadeos de olas y brisas, murmullos de Armonía.

Cumbres suaves alfombradas de césped, nubes verdes tras las cuales despunta el día en un abrirse apacible, desperezándose tímidamente hasta donde nuestra vista alcanza aquende la infinita lejanía. Nace el Sol nuevamente, y la Tierra, la Luna y los planetas siguen girando; las estrellas siguen su ruta, las galaxias siguen la suya, el Universo entero se mueve, en equilibrio o en evolución, creativo o destructor. En algún lugar, alguien contempla desde las suaves cumbres sosiego del alma; tendido sobre el verde manto, abriendo los ojos a una naturaleza en armonía. Una música de los confines del alba anuncia la nueva luz, la nueva presencia tan vieja como el mundo.

Cuatro fueron los elementos del cosmos según los filósofos antiguos: tierra, aire, agua, fuego. Sean cuatro cuartetos de la armonía: luz, música, cosmos, alma:

Oscuro el Universo inmerso en sombras
si Luz no poseyeran sus estrellas.
Colores de la mar, de flor alfombras,
reflejos de cristal cielo destellas.

Silencio sin sentido en mundo tal
que Música no taña las pasiones.
Sonido de verdad filosofal,
belleza es Armonía de emociones.

De mundos infinitos hay distancia
sin Orden corazón en vacuo espacio,
pues lira universal en consonancia
camino es a razón, de alma palacio.

¿Qué luces, melodías o planetas,
qué danza alrededor del vivo fuego,
sin Mente que observe, sin estetas
que entiendan Armonías del gran Juego?

Lux aeterna

En el espacio inmenso se pierde el rayo, el haz de gloria que alumbra los caminos del vacío. En el frío silencio, en el canto de la noche, aguas espesas inundan el fuego convirtiéndolo en voz serena. Arde sin quemar el combustible que los eones no logran desgastar.

Arde la materia de nuestros cuerpos, combustión vital, y su fuego alienta el Cosmos.

La danza de los átomos alrededor del fuego de la vida, la materia incansable agitada por el fluir del Espíritu. Gotas de agua en el río encaminado al gran océano. Allí, sí, átomos, gotas, fragmentos de la Naturaleza, encontraron su destino anhelado: lux aeterna.

Materia cabalgando sobre los lomos de Eros, pulsión que busca la satisfacción de la libido cósmica. La noche ansía el éxtasis, polvo de estrellas que engendrará el día.

Recibe el calor y la luz que necesitas para sobrevivir en las oscuras y frías noches de invierno. Abre tu alma al fuego del amor, y vive en él como si fuese una eterna primavera.

Quiere el alma errante habitar en un templo de sabiduría, belleza y bondad. Como planeta o cometa sometido a su estrella, su cálido hogar está en quien alumbra su superficie y derrite los hielos que el vacío y negro espacio congelan. Quiere el vagabundo regocijarse en un abrazo y servir humilde a su amada inmortal. Quiere el cielo luminoso donde su ángel lo proteja y arroje. Abre las puertas, caminante de la noche, y en el templo hallarás el camino hacia tu astro radiante.

Siente cómo nace el alba cósmica, el despertar de un nuevo tiempo sin fin que deja atrás las tinieblas de la civilización. Escucha el silencio de la mañana, y tras el silencio el canto de alegres pajarillos. Abre tus sentidos para el goce del gran

día. Viste tus mejores galas, y levántate con entusiasmo pues ha salido el Sol. Ha venido el Sol a alumbrar nuestro espíritu y a quedarse en él. ¡Alegre la mañana!

Claro y fuerte se presenta el amanecer anunciando la nueva era. Vigoroso el Sol arde para resucitar de entre sus cenizas al león imbatible que con sus garras atraparé nuestro destino.

Aurora celeste que marca nuestra meta, resplandor lejano, llama de la eternidad, fuego más allá del horizonte. Desde las altas cumbres aparece, desde la orilla de los mares, cuando languidece la brisa y el Sol se posa. En la penumbra que clama el día, o en el día que clama la hora de los sueños. En el ideal, en la vida inalcanzada pero presente en potencia, en el fulgor que empuja lo humano hacia lo divino. Allí, allí está tu mundo. Sigue la senda dorada que a él te transporta.

El paraíso con sus verdes prados, con su primavera sin fin, eclosión de fresca y perenne vida. El cielo anhelado, idealizado, con sus seres apacibles, con sus bellas muchachas entre susurros de brisa suave recitando poesías sin palabras. Brilla sobre el césped el reflejo de la luz eterna que el corazón hastiado del hombre imagina como paraíso perdido en los tranquilos remansos del silencio.

Ya llega el hombre, ya llega... allá al final del camino se ve su luz... Allá el sediento podrá humedecer sus labios y el fatigado dar reposo a sus huesos. Allá descansará nuestro anhelo y pervivirá satisfecho por siempre. La materia ardiente deja sus cenizas consumadas, pero espíritu, ¡ah!, su espíritu le sobrevive.

La corte celestial sobre nuestras cabezas abre el cielo, y la escalera del palacio se alza desde nuestros pies. Sólo hemos de caminar, subir, animados y sin temor a la fatiga, lo que se nos presenta como una tarea inacabable. Tuyo es el palacio, tuyo es el reino, y cada peldaño es un suspiro que nos eleva al gran salón de la luz. Allí nos aguarda la amada inmortal con quien bailar en la noche soleada de todos los tiempos.

Ella, la luz, tomará mi mano y ambos caminaremos entre las estrellas. Nada nos fatigará, ni el ansia ha de apurarnos, ni dolor alguno afectará a nuestros sentidos. Como flotando, como vivir sin nuestros cuerpos. Materia somos, pero de un tipo muy especial; de la que el fuego enardece y sublima su luz en Espíritu.

Amor palpita sobre todas las cosas en el Espíritu que alumbrá los corazones y se posa como una abeja sobre la flor transportando el júbilo de la existencia. En los campos de la eternidad no tendrás que poseer ni ser poseído para amar o ser amado, porque todo fluye y se disuelve en el infinito sin barreras.

Alegres nos quiere el destino de lo grande ante el sinsentido de la existencia, radiantes ante la oscuridad del Universo. Hágase la luz en nuestros corazones y alumbre cada rincón oscuro. Ni la negrura de la muerte ni el vasto silencio acallarán la explosión de júbilo que llama a los hombres fuertes a lanzar sus salvas al cielo.

Trazas de sonido sobre el fondo de silencio, música lejana que enciende las ánimas hasta el transcurso de su ocaso. Siempre viva la voz que canta, el coro celestial que llena el espacio con notas que no se han de apagar.

Corona ahora tu cabeza el laurel de la victoria, elegido entre los mortales para la lux aeterna. ¡Gloria, aleluya! Himnos triunfantes suenan a tu paso por el gran portón mientras todas las estrellas tintinean y aplauden. Victoria para el guerrero que ha sabido buscar por tierra y mar el cielo anhelado.

Inmortales son las obras que perviven más allá de los individuos y civilizaciones que las crearon. ¿Nos escuchas, como yo, el sonido de otros tiempos, el color, el perfume de épocas lejanas? ¿No crees que también el futuro puede oír nuestro grito al cielo? Perenne es el canto atemporal ante el fuego de las estrellas. Perenne el canto del cisne que inmortaliza su muerte.

Suenan los cantos de la profecía cumplida. Moriréis y en polvo se convertirán vuestros cuerpos, el no-ser ocupará el lugar de vuestra existencia, os uniréis al vacío del cosmos. Todo es un juego de la materia que es siempre la misma, y vosotros que nada sois en vida como individuos sino pedazos de esa materia, nada seréis cuando cese vuestro corazón de latir, cuando cese vuestra respiración. Maestro, ¿dónde hallaremos la luz eterna?—preguntan los discípulos. No la hallaréis aunque la busquéis—contestó el maestro—mas debéis buscarla en vida y ella os hallará a vosotros. Infinita es su distancia, como la extensión de tiempo anhelada; fáustica es la empresa humana que se lanza al gran océano hacia tierras inalcanzables. El cielo es la brújula del navegante, nunca estaréis perdidos porque os guiarán las estrellas y vuestro deseo de alcanzarlas. El cielo protector abrazará a sus amantes y los conducirá a su hogar, vuestro hogar para siempre. Viajad al país de los sueños mientras vuestros ojos ven y vuestros oídos escuchan, y alzad allí la bandera de la verdad que conocieron vuestras ciencias. Soñad con un mundo mejor y no querréis despertaros. Soñad con la belleza y con el amor y no querréis despertaros. Vuestras noches se fundirán con el alba, y saldrá el Sol, el fuego sonriente. Emergerán las claras mañanas y tras de las montañas surgirán voces lejanas, un himno de letra esperanzadora envuelto por voces dulces y aterciopeladas. ¡Ve!, no mires atrás, acude al canto de sirena. Tu amada te espera. Toda la leche de su pecho será la Vía Láctea que inundará con su luz eterna los vacíos de tu alma.

El discurso del espíritu

El caballero alado llegó en la tormenta, apartó rayos y truenos, y entre las nubes grises hizo emerger su carroza triunfante. La luz entró entonces en la Tierra de los hombres y el cielo bramó con voz grave pero acogedora, con timbre firme pero tranquilizador, como un padre que asevera pero ama a sus hijos. Ella dijo a sus discípulos, que contemplaban y oían asombrados:

“¡Levantaos!, la hora ha llegado para vosotros. La sangre que brota de las fuentes bajos las erguidas corazas de vuestros pechos quiere sublimarse y escapar ligera de la gravedad que la aplasta. Quiere fundirse con los astros altivos y distantes, ansía las elevadas esferas, el silencio de la noche, el flujo de la materia en el cosmos. Ligeros, sí, como la danza, mas con la osadía de las mismas fuerzas de la naturaleza.

¡Alzad vuestras armas! Preparaos para luchar y sufrir, pues la vida grande que os espera precisa de duras batallas. Afilad vuestras espadas, tensad vuestros arcos, armad de valor vuestra voluntad y fundidla con la mía en la gran empresa que conquistará el mundo. En la lucha por la existencia, quien no expande su reino es absorbido por el de otros. No hay autonomía posible, por eso yo os digo que os hagáis fuertes en el Imperio, y que mis palabras, como mi luz, como mi materia, formen parte de vuestros himnos.

Os preguntáis cómo y dónde podéis alistaros a tal ejército, y si en sus filas caben hombres como vosotros. Muchos son los llamados y pocos los elegidos, pues los humanos os perdéis por el camino de vuestra búsqueda infinita. Queréis alcanzar mi Silencio, pero pronto os perdéis en el bullicio. Queréis ser sabios, pero pronto os conformáis con alcanzar un simple puesto del Estado en alguna academia de vuestras sociedades. Queréis tocar la belleza, pero vuestras manos sucias la desfiguran. Queréis en vosotros las nobles virtudes, pero ellas son aves que vuelan más rápido que vuestro andar.

En el sufrimiento reside la más pura conciencia de la existencia, y vosotros vivís en tal plasma. Mis hijos de occidente, lo vuestro no es la meditación ni el nirvana al estilo oriental, lo vuestro es la vida, y el ego que se muestra vigilante de la vida. Vuestra esencia es la comprensión profunda del vacío de este Universo, vuestra voluntad es entendimiento de la materia, y la angustia que de ella se deriva es angustia existencial. ¡Gozadla!

Cuando la vida os hiera, cuando los sinsabores de la derrota hundan las naves de vuestras empresas y sueños, acordaos de la fuerza del Espíritu. Cuando vuestro corazón lastimado quiera llorar, usad mis lágrimas. Cuando las enfermedades o accidentes azoten vuestro cuerpo, acordaos en vuestro dolor que sufrís porque existís. Y cuando un resplandor intenso sacuda vuestra médula espinal preludiando la muerte del individuo, la extinción de un ser humano, sabed que la nada comprendida habéis al fin alcanzado y la Gloria del Espíritu pervivirá igualmente.

Vuestro es mi reino eterno, la noche de todos los tiempos, donde el polvo de estrellas suspendido navega por los grandes espacios, ¡catedral de vuestras oraciones! El Universo de materia, el convento de vuestra soledad y recogimiento, cielo e infierno a donde la vida peregrina y encuentra su fin.

Deseáis como yo deseo porque sois naturaleza arrastrada por sus leyes. Y flotáis como nubes en el cielo zarandeadas por los vientos, aires cálidos o fríos, como hojas otoñales empujadas por el destino, como espigas de un nuevo pan que emerge con la fuerza de la tierra y son agitadas por la tempestad. Como partículas en un río de fresco caudal, danzando con las corrientes, soñando que son libres, soñando y flotando como fantasías; como nubes, como nubes de algodón en el azul del cielo, del río, del mar.

Ligeros os quiero para la danza, y que en el escenario de la vida consciente saltéis fácilmente, voléis como pájaros o como las delicadas mariposas. Sensibles, admiradores de lo bello, vosotros mismos sois el ballet que interpreta mi coreografía, mi música, mis armonías. Yo dirijo vuestros cuerpos, Yo, vuestro destino. Y vosotros soñáis conmigo, con movimientos lentos o rápidos, con brío o

con pequeños pasos, suspendidos en un cielo. A veces estáis solos y danzáis virtuosamente como solistas. A veces formáis parte de un gran grupo que coordina sus querer al unísono. Y otras veces vivís en un paso a dos, ¡amor, dichoso amor!, donde las escenas más bellas y voluptuosas emergen, florecen como almas transportadas por una brisa melódica, y abrazan los amantes la eternidad de sus suspiros, del Espíritu plasmado en cuerpos y la Idea en forma dinámica.

Profundos os quiero como la noche, para que en vuestra ligereza no caigáis en el mero adorno poético sin sustancia, y que vuestras palabras sean el trasfondo deliberativo de lo trascendente en el Cosmos y sus partes. Que vuestras raíces penetren hondamente en la tierra que sustenta la vida haciendo de vuestra voluntad entendimiento. Que la mirada audaz de vuestros ojos anhelantes, ¡profundidad penetrante!, alcance con su silencio el sonido de la eternidad.

Viajeros os quiero porque vuestro hogar no está en ninguna parte. Vuestro sino es flotar en el inmenso mar a la deriva, y buscar el Espíritu disperso en el ancho mundo. Sobre una balsa navegáis, y las olas os hacen danzar al vaivén de una sinfonía holista, al vaivén del sueño universal, cosmopolita, desarraigado de una tierra para formar parte de todas.

Hacia la tierra prometida navegarán todas las almas que conozcan el resplandor de mi luz. Desde el alba hasta el crepúsculo, los colores del día muestran los caminos que conducen a las cumbres y sus valles, fértil suelo de la belleza, el país donde florece el árbol de la sabiduría, donde el hombre ya no sueña sino que vive la verdadera vida elevada, el intelecto entre las alturas, la grandeza de la humanidad y de toda su vida inteligente del Universo.

¡Levantaos!, el día ha llegado para quienes os aguardan. Amanece y es momento de que vosotros seáis también radiación luminosa en el sendero de otros. Enseñadles el camino, sí, mostradles el camino que de mí habéis aprendido. Sed ministros de mi nación, sed idealistas y creadores, revolucionarios y constructores, buscad la prosa en las ciencias, la música en las humanidades, el arte en el arte. Dejad que la materia, la fría materia regida por leyes físicas, forme parte de vuestro acervo espiritual, el cual transmitiréis de generación en generación a los hijos de vuestra cultura. Sed amantes de la vida, y que vuestro ejemplo cunda esparciendo la semilla de vuestros frutos. Levantaos, amigos míos, y llevad mi palabra allá donde haya oídos para captarla.

Yo soy el paraíso prometido, el goce de los sentidos y la razón, la vida y la muerte. Estaré con quienes me han amado hasta su fin como individuos. Presenciaré vuestros funerales y esparciré vuestras cenizas al viento mientras un Réquiem suena lejano. Viviréis luego en mí como siempre habéis deseado, seréis de hecho parte de mí como yo soy parte de vosotros. Y el alma se separe del cuerpo de quien vivió uniendo realidad e idealismo, el cielo se separe de la Tierra de los hombres que han creído en mí. Fundidos han vivido idealismo y cielo para luego abstraerse de la materia en su pura esencia.

Abrazad la esperanza de la vida eterna, la flor incorruptible, el sonido de la gloria. La noche se hace blanca de luz y bendice el matrimonio del hombre con la divinidad.”

Así habló el Espíritu, y los hombres que lo escucharon se fueron contentos a sus casas ya entrada la noche, sintiéndose con fuerza, albergando nuevos deseos de vivir. Las estrellas brillaron en un cielo cristalino y resplandeciente como pocas veces, los amantes se abrazaron con una ternura sobrehumana, los niños soñaron dulcemente, y todo el pueblo guiado por el caudillo invisible sintió que su existencia tenía un cometido.

Martín López Corredoira
martinlc@iac.es